

Palabra

REVISTA CULTURAL

ENERO 2022 | NÚMERO 3



Ilustración: Archivo Palabra

***Ulises* de Joyce: ¡Primeros 100 años!**

Por Benjamín Pacheco López

EDITORIAL



El duende

A los que poco dicen y debemos oír, a los que todo lo han dicho y poco escuchamos...

De vuelta de todo, o casi todo: de regreso a Ítaca, a donde retorna Ulises —y todo aventurero, como en el siglo pasado testifica James Joyce y hoy recrea el escritor Benjamín Pacheco López en su *Ulises poliedro*—; viaje que el poeta griego Constantino Cavafis recomienda sea largo, pleno de aventuras y lleno de conocimientos: “No temas a los Lestrigones, ni a los Cíclopes ni al colérico Poseidón, tales seres nunca hallarás en tu camino, si tu pensar es elevado, si selecta es la emoción que toca tu espíritu y tu cuerpo”, insistirá más de una vez.

Esta bella metáfora sobre el regreso y la fidelidad, el rencuentro y el pasado, se aplica a las circunstancias de enfrentar retos que nunca deberíamos afrontar solos: en situaciones de cambio, para avanzar se necesita hasta de los contrarios.

Al estar de vuelta de todo, o casi todo, después de haber conocido y saboreado el fracaso y el éxito, veleidades de lo humano que sólo duran una noche y un día, puedo manifestar que el compromiso del escritor —sin complicidad pactada— no se encuentra hecho o manufacturado para eclipsar la verdad (esa especie de “verosimilitud” técnica con la cual, a quienes oficiamos las ceremonias de la pluma, nos da por nombrar la “realidad”), porque escribir es ayudar a hablar tanto a los vivos como a los muertos: a los que poco dicen y debemos oír, a los que todo lo han dicho y poco escuchamos, en contraposición de aquellos que sólo lo hacen para agredir o agradar.

Las páginas de **Palabra** —este crítico conglomerado de ideas, artículos, reseñas y propuestas, entre otras bellezas— empujan el velamen de la Historia más allá de los mundos inmóviles, tal como refiere la escritora y funcionaria cultural Beatriz Aldaco: “La mejor vía para prevenir la violencia es el arte y la cultura. Cuando se entienda, daremos un vuelco histórico”.

Si para Schlegel “el historiador es un profeta que mira hacia atrás”, para **Palabra** el escritor es un arqueólogo del saber que hace hablar al “duende” cerca de la cabeza de los hombres.

R. S.

Índice

Editorial	Pág. 2
<i>Ulises</i> de Joyce: ¡Primeros 100 años! / Benjamín Pacheco López	Págs. 3 a 7
¡Nunca más, nunca más! / Ramón Ángel Acevedo, “Rakar”	Págs. 8 a 10
¿Una habitación propia? / Iliana Hernández	Pág. 10
Un verdor terrible / Rael Salvador	Pág. 11
Charles Beebe Turril / Arnulfo Estrada	Págs. 12 y 13
Historias de una niñez desgarrada / Sergio Gómez Montero	Págs. 14 y 15
Gerardo de la Torre, un puño levantado / Fernando Reyes Trinidad	Pág. 15
The Beatles: <i>Get Back</i> / Manuel Quintero	Págs. 16 a 19
Y acaecía el Bossa Nova / José Barbosa	Pág. 19
Cine social brasileño: <i>7 prisioneros</i> / Fernando Mancillas	Pág. 20
El dulce fruto / Lauro Acevedo	Pág. 21
Recordando a mi madre, a través de Rulfo / Rubén Rivera	Pág. 21
El precio de la ignorancia / Francisco Moreno	Pág. 22
El abandono de los Premios Estatales de Literatura / Miguel Lozano	Pág. 23
Despanzurra al Centauro / Daniel Salinas Basave	Pág. 24

Palabra

REVISTA CULTURAL

el Vigía

Director General:
Arturo López Juan

Gerente Administrativo
Alfredo Tapia Burgoín

Director Editorial
Gerardo Sánchez García

Coordinadora de Publicidad:
Ma. del Socorro Encarnación Osuna

Coordinadora de El Vigía Digital:
Sandra Ibarra Anaya

Editor:
Rael Salvador

Correctores:
José Barbosa
Manuel Quintero

Diseño Editorial:
Arturo Corpus

Fotografía:
Enrique Botello

Colaboradores

Carlos Mongar, Sergio Gómez Montero, Gabriel Trujillo Muñoz, Federico Campbell (†), Daniel Salinas Basave, Leobardo Sarabia Quiroz, Santiago M. Zarría, Arnulfo Estrada Ramírez, Enrique Botello A., Héctor García Mejía, José Barbosa, Fernando Mancillas Treviño, Benjamín Pacheco López, Iliana Hernández P., Olga Aragón, Cony Mollet-Sigüenza, Ruth Gámez, Jazmín Félix, Herandy Rojas, Antonio Flores Schroeder, Francisco Moreno, Fernando Reyes Trinidad, Joatam de Basabe, Alfonso Lorenzana, Yanira García, Armando Franco, Rubén Rivera, Lauro Acevedo y Manuel Quintero.

Corresponsales en el extranjero:

Ferdinando Scianna (Italia); Cony Mollet-Sigüenza (Francia); Ramón Ángel Acevedo, “Rakar” (Chile); Patrick Liotta (Argentina); Héctor García Mejía (Los Ángeles).

Corresponsal en Tijuana:
Enrique A. Velasco Santana

Dirección: Av. López Mateos, No. 1875.
Ensenada, Baja California. México.
Teléfonos para publicidad:
12.55.55 ext. 1023

Palabra no responde a colaboraciones no solicitadas ni asume como propias las opiniones de sus columnistas y comentaristas. La opinión de la revista literaria se encuentra reflejada en su editorial.

Todas las imágenes y fotografías que aparecen en la presente edición son utilizadas con fines informativos. El equipo editorial se ha dado a la tarea de indagar los derechos de autor correspondientes o su procedencia, consiente de su obligada autoría. En caso de omitir algún crédito, ofrecemos una disculpa y agradeceremos la información brindada para incluirla en una posterior edición.

Ulises de Joyce:

¡Primeros 100 años!



Por Benjamín Pacheco López*

A casi cien años de la publicación de *Ulises*, tal parece que se ha ido cumpliendo la afirmación de Joyce sobre lo que sería el destino de su obra: “Si lo doy todo enseguida, perderé mi inmortalidad. He metido tantos enigmas y rompecabezas que va a mantener ocupados a los profesores durante siglos discutiendo qué es lo que quise realmente decir; y no hay otro modo de asegurarse la inmortalidad”, según hacer constar el investigador Richard Ellmann, en la biografía más citada a la fecha sobre el irlandés: *James Joyce* (1959).

Prueba de ello es que el texto forma parte del programa de estudios literarios, con sus correspondientes tesis y ponencias; es punto de partida para reseñas de internet y artículos de prensa especializada; además de material para fundaciones, museos, sitios turísticos e incluso su adaptación a cómic.

De manera indirecta, ha alcanzado otras áreas del quehacer humano que van desde inspiración para tatuajes, pinturas, esculturas, películas, obras de teatro, ilustraciones y una sólida fuente de ingresos para el turismo cultural con el festival *Bloomsday*, al que asisten miles de personas.

Para llegar a este nivel de reconocimiento, Joyce tuvo que pasar por conflictos personales y un largo proceso creativo, con el fin de elegir el estilo deseado para su novela; soportar los problemas legales para publicar y enfrentar la mala crítica de muchos de sus colegas, junto con la incompreensión de los lectores de su época a quienes fascinó y desconcertó por igual.

A todo esto, ¿de qué trata *Ulises*? Esa nunca, pero nunca, será una pregunta fácil de responder, pero podemos intentarlo, pues si algo fascinaba a Joyce es que la gente discutiera sus puntos de vista y conclusiones.

Dicho esto, sirva lo siguiente como un homenaje escrito desde esta porción del mundo, para recordar todo un legado que —estamos seguros— persistirá por otros cien años más.

II

Ulises es lectura individual y colectiva, exploración en solitario y conversatorio entre académicos, entusiastas, curiosos

y detractores. Coro que atrae y repele por igual. La novela de James Joyce, publicada en forma íntegra el 2 de febrero de 1922 (gracias a Sylvia Beach), desconcierta por su caos aparente y sorprende por la variedad de estilos, técnicas y géneros en convivencia: orfebrería fina para unos, tosca soldadura llena de protuberancias y grietas para otros.

Dentro de ese temporal de opiniones, una condición persiste: el libro dejará una huella en la persona que decida aventurarse en esta travesía literaria, de más de 800 páginas, que reflejará un día en el Dublín de principios del siglo XX, con escenarios que abarcarán una torre junto al mar y un carruaje rumbo al cementerio.

Pasará de la conversación marital al griterío en las calles, de la discusión en cantinas o prostíbulos, al dinamismo de la sala de prensa. Seguirá la conversación culta, el humor implícito, la opinión y acciones vulgares, así como los lamentos de quienes han perdido un ser querido, mientras se sortea un flujo de conciencia que evoca la intensidad de la corriente de un río antes de entregarse al mar.

Al tiempo que el lector de *Ulises* se adentra a la vida pública y privada de los tres personajes principales (Stephen Dedalus, Leopold Bloom y Molly), enfrentará un extrañamiento debido a la falta de referentes en torno a distintos temas que saldrán al paso: religión, filosofía, historia griega antigua e incluso interpretaciones arriesgadas sobre *Hamlet*.

Surgirá en el fondo una ciudad, Dublín, como ambiente para reflejar parte de la situación política de la Europa previa a la Primera Guerra Mundial y la polémica del nacionalismo irlandés, mientras que se despliega un mosaico de personajes literarios trazados mediante un vasto anecdotario recabado por Joyce durante sus andanzas en su tierra natal, así como en Italia, Francia y Suiza.

Todo lo anterior presentado en un estilo que mezclará asiduamente la biografía vuelta prosa, la técnica del monólogo interior, números y onomatopeyas, titulares y anuncios de prensa, fragmentos de canciones, listados contables, partituras, palabras en griego, latín e italiano. En conjunto, 18 capítulos elaborados en estilo realista o de novela rosa, un acelerado guion de dramaturgia, y el formato de entrevista (catequesis) hasta llegar al gran final: la travesía por el fluir de una intensa conciencia femenina.

En ocasiones dará la impresión de que nos adentramos en una niebla de la que saldremos únicamente con un costal de espectros, los mismos que se desvanecerán apenas hayamos desahogado aquella carga al compartirla con otros. Nos daremos cuenta de que será necesario realizar viajes *extraliterarios* si queremos acercarnos, aunque sea un poco, al complejo mundo ideado durante siete años de escritura.

Una sola palabra bastará para desencadenar la búsqueda, el contraste, la asociación de autores y referencias: de ahí que no sea fácil entenderlo durante la primera leída. El interesado se dará cuenta de que, desde la publicación por entregas de la obra, comenzó a formarse un halo de incompreensión, el mismo que persiste hasta la actualidad.

Hay que recordar que cada lector tiene sus motivaciones para recorrer *Ulises*: desde la obligación académica hasta la fuerza de voluntad para saciar una curiosidad alimentada durante años. La primera intención del actual trabajo es compartir esa travesía cuando se intenta descifrar por primera vez una novela que, en apariencia, puede resultar ajena a un hispanohablante: ¿Qué puede decirle este libro irlandés de principios del siglo XX a un mexicano del siglo XXI? ¿A qué asuntos lo conecta?

Habría que sumarle que nos hallamos ante una traducción, situación que acarrea siempre el problema de que, en el cambio y adaptación del idioma, se puedan perder intenciones del autor cuando están sustentadas —como en muchas ocasiones— en la sonoridad de las palabras más que en su significado, que es con lo que le gustaba jugar a Joyce).

Sin embargo, conocer la aventura de esta versión de la obra también es placentero, sobre todo al acercarnos a José Salas Subirat, primer traductor que desde su esfuerzo cotidiano, voluntad y curiosidad, obtuvo su lugar en la historia literaria por encima de personajes reconocidos como Jorge Luis Borges.

La segunda intención es compartir interpretaciones propias sobre diversos temas encontrados a través de los capítulos:

A. El héroe griego busca su espacio en el mundo moderno. Desde Troya, pasando por encuentros con ciclopes, sirenas y un dramático descenso al Hades, ahora enfrenta la vida con las armas de un simple vendedor de publicidad, cuyo único trono será el inodoro. En lugar de una lanza, sostendrá un puro. Todo gracias a los misteriosos designios de la «metempsicosis».

B. La sencillez de un par de páginas servirán para evocar una secuencia cinematográfica de acción, en la que pareciera que Joyce se encuentra más interesado en filmar que detallar juegos verbales.

C. El lector intuirá que la novela puede apreciarse como la construcción de un poliedro girando entre los dedos. Comparación metafórica para vislumbrar las múltiples formas

en que percibimos el mundo, es decir, la realidad llegando al mismo tiempo: contactos, olores, sabores, imágenes, sonidos y recuerdos.

Es necesario aclarar que la intención no es abarcar todas las posibilidades literarias, son cimientos apenas, pues existe un amplio espectro analítico alrededor de la obra, pero con el defecto de que suele estar disperso, en inglés o inaccesible —en sus propuestas más enriquecedoras— si el interesado no está familiarizado con los ámbitos académicos.

Por lo que la aportación personal, básica si desea, es abrir una brecha, para conectarnos con ese entramado literario escrito desde el corazón de Europa. A pesar de las dificultades planteadas, se puede adelantar que la reflexión, “el gran tema” de *Ulises*, bien podría ser la odisea interna del hombre moderno.

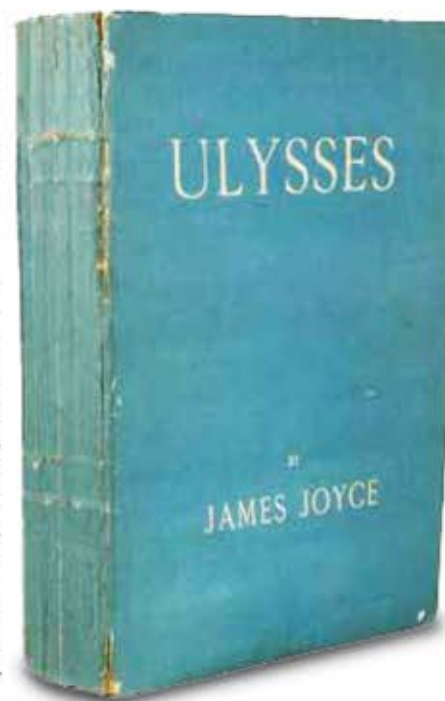
La novela nos recuerda que cada día emprendemos un viaje a partir del momento en que abandonamos la alcohola, para sumergirnos en una serie de decisiones y recuerdos que brotarán durante la jornada, los que definirán —o no— nuestras épocas por venir. Joyce nos enfrenta al hecho de que también somos “Ulises”: cada ocasión en que recorremos calles y avenidas, fundidos en una masa de circunstancias y emociones, representa una oportunidad para volvernos defensores de los días propios y ajenos.

Nos habla de lo que encontramos en el camino y de lo que perdemos al andar. Al margen de estas reflexiones personales, queda la exhortación para que el lector llegue a sus propias conclusiones después de perderse por los distintos laberintos construidos por la mano diestra de James Joyce.

Zarpemos: *Thalatta* nos espera.

Una odisea lectora

James Joyce logra que lectores y escritores dialoguen a través de los siglos. Plática vecinal, debate distante, incesante prólogo o larguísimo epitafio. Cada quien encuentra su ruta. En su prosa palpitan los muertos, conectados por oscuros corredores y andamiajes apenas nivelados. Podemos verlo en su mesa de trabajo, atento a un diagrama embrionario, recordando personajes estrafalarios o valorando las posibilidades de la psique femenina.



El autor condena y eleva la idiosincrasia local. Escucha el monólogo interior, mientras paladea la lengua inglesa y se arrulla con la sonoridad de su tiempo, río en el que se sumerge y nos ahoga. En sus pupilas relampaguea la calle, el tacto espontáneo, la textura encontrada, la piel amada del prostíbulo, la carne blanca de la doncella recostada en la piedra. ¿A quién más agradecer la posibilidad de transcribir el mundo interno para tratar de comprender el externo? Se refleja y nos refleja, con todo nuestro lago de miserias y logros ganados al tiempo.

Si algo nos deja el amplio espectro de opiniones consultados en torno a *Ulises*, es que no hay un camino único para adentrarnos, en forma humilde o con familiaridad, a los múltiples significados.

Deberemos iniciar nuestra propia odisea, mientras seguimos a Stephen Dedalus, Leopold y Molly Bloom, para hacer más llevadero el andar por un Dublín anclado al 16 de junio de 1904. A la inversa de la creencia popular descubriremos senderos, jardines, grutas y cordilleras, lugares propicios para la exploración culta y el actuar mundano, traducidos en literatura por la mente diestra del irlandés.

Joyce invita a redescubrir leyendas homéricas, arquetipos shakespearianos, estilos ingleses acumulados durante siglos, biografía e historia irlandesa novelada, así como el experimental fluir de conciencia. Sin embargo, también se asegura de que no la tengamos fácil, pues su proyecto implica tenernos discutiendo durante siglos.

Por atrevidos —lectores incautos— padecemos el Mito de Sísifo durante cada sección del relato del héroe griego transmigrado: empujamos la roca de la voluntad hasta el último párrafo de cada capítulo, sólo para verla caer al contemplar el siguiente. Imaginamos a Joyce riendo desde el éter, al vernos perdidos en aquel laberinto de papel diseñado durante siete años de escritura, mientras tratamos de descifrar el vaivén de su pluma. Seguimos su aguja lúdica para entreverar diálogos, monólogos, partituras, anuncios, canciones, paralelismos enterrados, formato de prensa, guion teatral, cine silente, cuestionamientos desbordados, lenguaje científico y el caos memorial.

¿Por dónde empezar? ¿Cuál aldaba abrirá el portón indicado?

Después de este viaje, sugiero una línea de lectura para tratar de acercarnos a los diferentes niveles que propone la novela. En primera instancia, avanzar por el texto sin recurrir, en lo posible, al tentador aparato crítico acumulado

durante casi un siglo. Dejar que *Ulises* nos aturda y desconcierte.

Cada hoja recorrida será una gloria personal que nos acercará más a la historia de un hombre sin aparente gloria personal. Luego, navegar al pasado, a *Retrato del artista adolescente*, para conectarnos con ese andamiaje familiar volcado en la novela, enlazar al joven Dedalus con el Dedalus adulto, lleno de cargos de conciencia. Así, entenderemos el simbolismo padre-hijo subyacente entre Stephen y Leopold Bloom.

Más tarde, en forma más técnica, recurrir a la biografía de Richard Ellmann y al estudio de Harry Levin, para terminar de asentar las bases que conforman el trasfondo, ansiedades y referencias ocultas que Joyce convirtió en mil páginas de narrativa. Terminaremos de comprender al escritor irlandés, quien se desdobra en un publicista maduro, anhelante por su vástago fallecido y una hija distante por estudios, mientras dedica un día a evadir la realidad de un matrimonio a la deriva.

En lo posible, pondremos orden al oleaje de pensamientos de Molly Bloom, personaje en el que Joyce concentró placer, carácter, amor propio, astucia y decisión, observaciones fascinantes de lo que percibía como femenino.

De paso, José Salas Subirat y Jorge Luis Borges compar-

tirán sus encuentros y desencuentros con la presa joyceana. Uno traductor tenaz, otro vigía del movimiento literario mundial, logran que *Ulises* hable español rioplatense y cante su leyenda en la Sierra de la Plata. De lejos, Molly vosea el pasado mientras yace acostada en la pampa argentina. Itaca funda palacio en Buenos Aires, para conquistar el resto de América Latina.

Para coronar esta odisea de referencias, podremos incorporar el esquema divulgado por Stuart Gilbert, tesoro joyceano que, en lugar de respuestas, amplía la curiosidad. Sí, allí aparecen los 18 capítulos ordenados; abundan palabras claves sobre el paralelismo, pero también nombres de órganos, colores, horarios, artes, técnicas y símbolos.

¿Cómo interpretarlos? ¿Seremos precisos o erraremos por mucho? Sólo queda la memoria y la reflexión. Veamos algunos ejemplos: capítulo "Telémaco", escena "La torre", hora: "8am", color "Blanco/dorado", símbolo "Hereditario". Allí tenemos a Stephen Dedalus al amanecer, en su aurora terrible que marcará el principio de sus recuerdos. Le sigue "Néstor, escuela, 10am, café y caballo", paralelo a Dedalus brindando clase, aconsejando a sus alumnos igual que el rey de Pilos en el ágora.



Silvia Beach y James Joyce.

El mamífero recuerda el brío juvenil, la tendencia a despotricar, muy acorde al ambiente estudiantil y al pleito que, posteriormente, experimentará el poeta en la zona de burdeles. Más adelante aparece “Hades, Cementerio, Corazón, Blanco y negro, Portero”. Joyce nos sugiere que para despedir a los muertos, es necesario llevarse la mano al corazón. Lo mismo piensa Bloom durante sus reflexiones por Glasnevin, escenario gris para los vivos, nacido de colores contrarios que simbolizan el inicio de la vida y su extinción. Similar al guerrero griego convocando a las sombras, los personajes lloran a sus amigos y familiares.

Otras partes del esquema recuerdan más los ambientes generales, como “Eolo, Periódico, 12pm, Pulmones”, muy acorde a las maquinarias cuyo movimiento evoca dicha estructura anatómica. De las noticias, salidas de aquellas rotativas, se espera que “oxigenen” la conciencia de los pueblos. “Las rocas errantes, calles, sangre, ciudadanos”, también funcionan para reflejar la circulación dinámica de una metrópoli, equivalente el flujo sanguíneo que recorre las venas.

Y en “Circe, burdel, 12am, aparato locomotor”, Joyce elabora un guion teatral imposible, alucinante, puesta en escena con miles de actores y cambios de guardarropa, empalmados igual que huesos, articulaciones, ligamentos, músculos y tendones. Es la novela desplazándose, cuerpo literario en sacudida.

El esquema nombrado resulta un mapa que necesitamos leer a la inversa: apela a los recuerdos y nuestros escasos hallazgos, luego de naufragar al lado del héroe griego, rencarnado en un hombre común que resuelve sus días — lo mejor que puede— entre calles aglomeradas y calurosos aposentos.

En una reflexión final, de James Joyce tendremos sus letras, pero será un enigma su peculiar modo de escuchar el mundo, río auditivo en el que se sumergió desde niño. Su novela también es un registro de la sonoridad de su época: desde el pueblo natal hasta Europa central, amplia geografía por donde desgastó los zapatos.

Sólo nos queda imaginar su ímpetu por evocar pláticas y discusiones de mesa; algarabía de redacciones; murmullos desafiantes de bibliotecas y la confusión de voces en pleito callejero. Ni para qué recordar el lenguaje cifrado de alcorca o los matices percibidos al recorrer la tierra silente del cementerio. Juego verbal para edificar su periplo personal.

Ahora únicamente registra los pliegues sonoros de la eternidad.

Para James Joyce será la totalidad de la vida volcada en la prosa, mientras que para nosotros quedará el recuerdo de una intensa temporada en la que naufragamos y sobrevivimos a una melancólica odisea lectora.

Ulises poliedro

Al leer *Ulises*, más que sostener un libro pareciera una invitación a contemplar un poliedro girando entre los dedos. No es para menos la comparación metafórica con la cele-

brada novela de James Joyce, pues dicha figura geométrica ayuda a entender la sensación de extrañamiento que dejan cientos de hojas de narrativa experimental planificada durante siete años por el escritor irlandés.

Hay que recordar que los poliedros (del gr. πολυεδρος polýedros ‘que tiene muchos asientos’ de πολυ- poly- ‘poli-’ y ἔδρα hédra ‘asiento’, ‘cara’), están formados por polígonos, que son superficies limitadas por tres lados en adelante. Así tenemos los triángulos, cuadrados, pentágonos, hexágonos y demás representaciones, hasta llegar a algunas difíciles de visualizar como un megágono, de un millón de lados.

Si juntamos cuatro polígonos, comenzaremos a formar poliedros: tetraedro (4), pentaedro (5), hexaedro (6), heptaedro (7), hasta llegar al miriedro (10 mil caras) o el megaedro (1 millón de caras), rumbo al infinito.

Es necesario aclarar que la intención no es ahondar en todas las posibilidades geométricas y filosóficas, sino que el uso y acomodo de recursos estilísticos, encontrados —en esta interpretación personal— dentro de la propuesta joyceana, evocan las figuras que fascinaron, por su belleza y posibilidades, a los sabios de la antigüedad. Desde este punto de vista ¿cuántas caras, o lados, tendría *Ulises*?

Tantas como el lector esté dispuesto a encontrar mientras atestigua el deambular físico de Stephen Dedalus y Leopold Bloom, así como el errante viaje mental de Molly.

El periplo ocurre en una prosa que aspira a reflejar la experiencia de la realidad, las vivencias cotidianas que suceden unas tras otras, al igual que los paseos por la memoria, y que son percibidas por el individuo en forma múltiple, desde que despierta hasta que vuelve a dormir.

El escritor irlandés presenta constantemente los diferentes lados de la existencia que pulsa a sus personajes, es decir, una variedad de “caras” para que podamos conocerlos durante el recorrido.

El 16 de junio de 1904 es una jornada común que concentra hallazgos y extravíos, sin hazañas ni derrotas, para los personajes que pueblan Dublín, igual que la mayoría de la gente en cualquier ciudad del mundo. Si tuviéramos la oportunidad de seguir a un individuo durante un día, además de poder adentrarnos en su mente y conectarnos con sus sentidos, no sería muy distinto de lo que viven las creaciones de Joyce.

Daríamos cuenta de cómo ese ser paladea el sabor de los alimentos, las texturas de lo que toca, la llegada de olores propios y ajenos, los procesos internos del cuerpo; notaríamos su mirada escudriñando detalles y abarcando algún escenario general, así como la escucha del susurro y el estruendo, el despliegue del placer y el dolor. De paso, mientras esa persona recibe constantes estímulos externos, apreciaríamos el caudal de su tiempo pasado, a veces recordado a voluntad y, en otras, recuperado por asociaciones fortuitas.

“Imaginamos a Joyce riendo desde el éter, al vernos perdidos en aquel laberinto de papel diseñado durante siete años de escritura”

Al ser constante esta información de tiempo y espacio, de profundidad y dimensiones, el problema sería transcribirlo: ¿cómo plasmar la principal característica de la realidad, que es el hecho de ser simultánea? Una respuesta sería hacerlo en forma sucesiva, pasando de un lado a otro, de una cara a la siguiente, como si exploráramos un poliedro.

Esto queda mejor explicado con Jorge Luis Borges, quien utilizó una forma geométrica para tratar de representar la eternidad. Fue en el cuento *El Aleph* (1945), historia de culto en la que un personaje, homónimo a su autor, tiene la oportunidad de apreciar, acostado, una "pequeña esfera tornasolada, de casi intolerante fulgor", que a pesar de contar con un diámetro de "dos o tres centímetros" contenía "el espacio cósmico [...] sin disminución de tamaño".

La forma de transmitir la experiencia por escrito es magistral, tomando en cuenta la magnitud y dificultad de la empresa: "¿Cómo transmitir a los otros el infinito Aleph, que mi temerosa memoria apenas abarca? [...] Por lo demás, el problema central es irresoluble: la enumeración, siquiera parcial, de un conjunto infinito. En ese instante gigantesco, he visto millones de actos deleitables o atroces; ninguno me asombró como el hecho de que todos ocuparan el mismo punto, sin superposición y sin transparencia. Lo que vieron mis ojos fue simultáneo: lo que transcribiré, sucesivo, porque el lenguaje lo es. Algo, sin embargo, recogeré".

En el caso de Joyce, al ser tan lúdico, es difícil apreciar su texto como una esfera, cuerpo redondo que no está delimitado por polígonos y es de superficie curva. En todo caso hay una circularidad simbólica, al ser *Ulises* un viaje de ida y vuelta. Es más factible apreciar el largo relato como una escritura poligonal, similar a pedazos de realidad presentados como superficies que reconocemos en forma de diálogos, monólogos, descripciones, onomatopeyas, anuncios e incluso partituras, además del paralelismo con la *Odisea*, andamiaje subterráneo, fantasmal, imposible de negar, que convive entre final y portada.

Pareciera que el autor irlandés dice: «Mira, asómate para que veas cómo invade un monólogo interior una frase; ahora insertaré palabras al azar tomadas de una carta, igual que la propaganda de un anuncio que me entregaron en la calle. Aquí cambio de letras a notas musicales, luego las horas del reloj, después una fórmula química. Intenta esta canción, balbucea como niño, conoce lo histórico, interpreta el latín, paladea el francés. Ten, descifra neologismos, potros desbocados por la llanura de la prosa; cuenta los muertos, saluda a desconocidos, conoce el nombre de las calles, enumera las ocasiones en que alguien será recordado...».

En esta metáfora, el poliedro comenzará a girar para mostrarnos más y más superficies en forma sucesiva, unidas con destreza porque Joyce no se detendrá hasta considerar que ha incorporado todo lo que su mente concibe como la existencia vertida en cientos de páginas, mientras el sol —ojo implacable— ilumina todos los rincones de Dublín.

Joyce-geómetra traza sobre la arena, papiro y pergamino, los vitrales por donde caminarán los nada heroicos, pero llenos de gracia, seres elegidos para mostrar porciones de vida.

¿Son estos escaparates literarios triangulares, cuadrangulares, octogonales? No importa: en este punto resultan más atractivos el resplandor y la variedad que la cantidad.

Ambicioso en utilizar recursos, el escritor buscará que las caras de su poliedro no sólo abarquen párrafos y frases, sino capítulos enteros: «Leerás un periódico atiborrado de titulares, con el ruido de la prensa de fondo y gente corriendo por todos lados ("Eolo"). Brillará en tus pupilas la ilusión de la imagen en movimiento, como la primera vez de aquellos que asistieron a una función de cine silente ("Las rocas errantes"). Escucharás el estruendo de los discursos reunidos a lo largo de los siglos de lengua inglesa, tan llenos de retórica y erudición ("Bueyes del sol"). Atenderás una puesta en escena imposible, con reyes y pordioseros, prostitutas, vendedores, parias, héroes, caballos, jueces, vivos, muertos, olvidados, cientos de militares, porque todo eso puede invocar lo absurdo y el delirio humano ("Circe"). Asistirás a un interrogatorio de alrededor de 300 preguntas —llámalo catequesis— de un narrador que se cuestiona a sí mismo, sobre lo que hacen, dicen y piensan dos hombres dialogando durante la madrugada, rumbo a lo que conocen como casa ("Ítaca"). Ahora, tú también, camina conmigo. Vayamos rumbo al final, te lo has ganado: la recompensa por 119 descender a los márgenes de la vivencia humana es la posibilidad de sumergirte al torrente de la conciencia femenina, siempre tan incomprendida. Allá no habrá comas, puntos, signos, nada a qué asirte. Un flujo, inmenso memorial, anclado en las habitaciones del pasado. Respirarás libertad y recordarás lo que implica la intensidad y la tristeza de estar vivo ("Penélope"). Anda, di que sí. Sé que lo harás. Sí.».

El viaje ha terminado. Todos duermen. La novela cierra cobijada por la madrugada, igual que James Joyce cuando concluyó su ciclo sobre la Tierra. Sólo quedan las reflexiones y una parcela de recuerdos. Para quien guste responder al llamado, sobre la mesa siempre estará esperando *Ulises*, dispuesto a desplegar la complejidad y la belleza humana, tan dolorosamente humana sobre las fascinantes caras de un poliedro.

pachecobenjas@gmail.com

*Periodista y escritor



Fotografías: Cortesía

Editada en 1922, *Ulises* —la emblemática novela del escritor irlandés James Joyce— cumple un siglo, **Palabra** comparte extractos del libro *Ulises poliedro (Una odisea lectora y tres apuntes de exploración)* del escritor Benjamín Pacheco López para festejar una prosa experimental que sigue —y seguirá— dando de qué hablar.

¡NUNCA MÁS, NUNCA MÁS!

Tras la sombra de Edgar Allan Poe en Filadelfia



Por Ramón Ángel Acevedo, "Rakar"*

*El poeta es igual... Allá arriba en la altura...
Desterrado en el mundo concluyó la aventura:
¡sus alas de gigante no le sirven de nada!*

El albatros, Charles Baudelaire

Un poeta llorará cuando todos rien, y reirá cuando todos lloran. Escapará a los pensamientos gregarios, por muy de vanguardia que éstos pudieran parecer en su momento. Y es que el alma sensible y poética rehuirá siempre de ese imaginario generalizado que nos hace comulgar con esas emociones de pacotilla envasadas para el consumo del cliché humano —lo que Sartre denominaba "lo inauténtico" o el lugar común—. Su elemento vital será el cielo en donde planea su alto vuelo, incluso así termine maltrecho en la cubierta de la vida, como *El albatros* de Baudelaire, aquella ave de hermosas alas blancas que se precipita sobre un navío de marineros infames e indolentes.

En lo que concierne a sus viajes por países, ciudades, y otros parajes que la vida le depara, será lo mismo para este viajero alado caído en desgracia. La sensación predominante será la del esplín, la melancolía, o la del condenado a ser diferente desde la cuna al osario. En esa línea, y consecuentemente, eludirá todos aquellos sitios que la multitud glorifica; no soportará las aglomeraciones de la muchedumbre para ver el lugar histórico representativo, la exposición de moda, el festival de turno, o bien al grupo musical deificado por la masa en los templos de lo profano. Debo confesar, de plano, que siempre me he sentido de este modo, y mi vida ha transcurrido en las antípodas de todo lo que huele a oficial, manido, o encandile con los falsos relumbrones de las luminarias.

Filadelfia, ciudad fundacional de Estados Unidos en donde se firmó la Declaración de Independencia y su Constitución, es una ciudad interesante a los ojos de cualquier viajero por sus diferentes atracciones históricas y culturales. Sin embargo, desde el primer viaje que pude realizar a esta gran ciudad, en absoluto me interesaron aquellos lugares típicos profusamente recomendados por los gurús del turismo: El Salón de la Independencia, La Campana de la Libertad —con su fractura—, La Plataforma de Observación del Ayuntamiento o el gran Rascacielos One Liberty Place —que ofrecen la vista panorámica de toda la ciudad—, El Museo de Arte de Filadelfia —que en su interior alberga las grandes obras de la pintura y, extramuros, al mismísimo Rocky Balboa inmortalizado en su ramplona estatua al pie de una inmensa escalinata—, y un sinnúmero de otras atracciones.

Para el asombro de mis anfitriones, mis primeras incursiones en esta ciudad, fueron los cementerios oficiales —como

el Cedar Hill Cemetery—, y preferentemente abandonados —como el Mount Moriah—, lugares al que a nadie se le ocurriría ir un domingo por la tarde cubierto de bruma —la paz que encontraría en medio de tumbas derruidas, sólo puedo compararla con la tranquilidad que experimenté fotografian-do en algunos camposantos de aldeas olvidadas en Chile y en México—.

En otro de mis viajes, me interesé por conocer La Penitenciaría del Estado del Este, una de las más importantes en la historiografía penitenciaria. Funcionó desde 1829 a 1971, y aquí vivieron sus días de encierro algunos célebres criminales. La importancia de esta prisión es que fue modelo para más de 300 cárceles en el mundo. Estableció el régimen penitenciario filadélfico (o celular) propuesto por el reformador inglés John Howard, quien, movido por ideales humanistas, ponía el énfasis en la penitencia con ayunos y privaciones al estilo monástico, más que en el castigo. En este sistema el recluso se encontraba aislado las 24 horas del día, y la prisión, nos dirá Foucault, "será al mismo tiempo una máquina de modificar los espíritus". Las ideas de Howard en materia de infraestructura carcelaria, tendrán su corolario obligado en el Panóptico —ideado por el filósofo utilitarista inglés Jeremy Bentham—, ampliamente analizado por el pensador francés en *Vigilar y castigar*, y que será el modelo arquitectónico extrapolado e implementado por las sociedades disciplinarias con sus nuevas tecnologías de la observación que nos limitan y nos controlan.

Por otra parte, las locaciones de esta colosal prisión han sido utilizadas en diferentes oportunidades por la industria cinematográfica. Fueron rodadas aquí las escenas del manicomio en el filme *Doce monos* de Terry Guillian (1995). Pero la misma Filadelfia, en su conjunto, ha atraído también la mirada de otros cineastas que eligieron sus paisajes, sus amplias calles o sus vetustas casas, como escenario de alguna de sus películas: *Philadelfia* (1993); *Sexto sentido* (1999), por citar sólo las más conocidas.



En esta ciudad, llamada paradójicamente la ciudad del amor fraternal —paradójicamente, digo, pues en los vagones de la Autoridad de Transporte del Sureste de Pensilvania (SEPTA, por sus siglas en inglés) nadie pareciera condolerse lo más mínimo ante los numerosos *homeless* e infortunados adictos que suben y descienden en cada estación—, sobrevive aún una de las casas en que habitara temporalmente Edgar Allan Poe (de 1843 a 1844), ese otro desdichado ilustre para quien su propio país fue “una vasta cárcel”, al decir de Baudelaire. Emplazada en el vecindario Spring Garden, en el 532 North 7th Street, se encuentra hoy convertida en un pequeño museo. En el transcurso de esta pasantía quise conocerla, pero desafortunadamente se encuentra cerrada al público y sólo pude hacer algunas fotografías extramuros.

Poe vivió en Filadelfia durante seis años (entre 1838 y 1844). Venía de Nueva York acompañado de su prima-esposa Virginia Clemm —con quien se había casado en 1836, cuando ella tenía 13 años y él 27—, y de su tía-suegra María Poe Clemm, que siempre constituyó un apoyo para los consortes. Fue aquí en donde el escritor desarrolló todo su talento y escribió sus relatos más notables. El primer año publica su única novela, *La Narración de Arthur Gordon Pym*, con escaso éxito. Dos años más tarde, trabaja para la *Graham's Magazine*, una revista decimonónica que atrajo la atención de escritores destacados. En sus páginas —y ya en el cargo de editor— ejercerá la crítica aguda e implacable. En 1840 publica *Cuentos de lo grotesco y lo arábico*; en 1841 *Los crímenes de la calle Morgue* —primer relato detectivesco en la historia de la literatura—. Le sucederán *El escarabajo de oro* y *El gato negro* en 1843. Estas publicaciones y los ingresos en la revista aliviarán en parte su menoscabada situación económica. En tanto, *El*

cuervo y otros poemas, escrito en esta misma ciudad, no será publicado hasta 1845.

Así pues, en Filadelfia, Poe consagra una merecida reputación de poeta, narrador y acerbo crítico literario. Sin embargo, en ella también arrecian sus enormes dificultades para procurarse el sustento. El deterioro en la salud de su joven esposa —que padecía de tuberculosis— y su posterior deceso en 1847, devastan la vida del escritor, quien se hunde en el alcohol, las drogas y la depresión, de la cual sólo lo librerá su muerte acaecida en Baltimore en 1849.



Ilustración: Héctor García M.

Todo el esfuerzo espiritual de Poe, no obtuvo los frutos que su alma esperaba y, como aquel albatros infortunado, sus alas de gigante literario de nada le valieron en su entorno a ras de tierra, porque fue “creado para respirar en un mundo más elevado” (nos dirá Baudelaire en su Prefacio a *Narraciones extraordinarias*), y porque estaba destinado a esplendor como el relámpago sobre aguas estancadas y turbias. Y es que toda su vida estuvo encaminada a oponerse a ese estado de cosas que oprimen al creador infuso, aquel que nace marcado para padecer la hostilidad de su país, los sentimientos innobles y la ojeriza de sus contemporáneos. No es casual que el pensador venezolano Ludovico Silva, considere acertadamente a Poe como “la primera víctima de la Revolución Industrial” y “el primer genuino representante de la contracultura” en una sociedad utilitarista.

A pocos días de abandonar Filadelfia, pienso en el hilo invisible que une de manera misteriosa los sitios que concitaron mi interés en esta ciudad: el Cedar Hill Cemetery —en donde quizás reposarían los restos de Poe de haber



permanecido por más tiempo en este lugar—. La Penitenciaría del Estado del Este, ese laberinto sobrecogedor donde miles de hombres padecieron castigos en su cuerpo y en su alma, sobrellevando la prisión afuera y en sus adentros. Lo mismo que esa “vasta cárcel” que significó Norteamérica para Poe (y Francia para Baudelaire), y que sólo algunos seres experimentan de por vida, como si ningún lugar les acogiera, como si ningún canto de sirena pudiera consolarles (patria, ideología, familia, erotismo, mujer). Y, por último, el cementerio abandonado de Mount Moriah, y sus nichos y sepulcros que me revelan silenciosos, como páginas arrancadas del Eclesiastés, “Vanitas Vanitatum”, que todo es vanidad, que la muerte acecha en Filadelfia, en cualquier aldea de México o de Chile, o en el lugar donde estemos, y que a pesar de la ventaja que ella nos ofrece, llegará de todas formas primero, a encontrarnos,

a reducirnos -de manera inexorable- a esa nada que somos.

Ante la pregunta (casi suplicante) del soñador atormentado, de si habrá algún bálsamo para su vida, un consuelo que alivie su alma de los abrojos de esta tierra, la respuesta del cuervo de Poe resuena machacando una y otra vez en mis oídos, cual lapidaria sentencia: “¡Nunca más!”... “¡Nunca más!”... para la estirpe de los desconsolados, esa raza maldita de cuya sombra jamás podré liberarme, y a la que también pertenezco desde siempre.

(Filadelfia, enero 13 de 2022)

elviajederakar@hotmail.com

*Fotógrafo y escritor, corresponsal de Palabra en Chile y otras partes de América



Fotografías: Rakar

¿Una habitación propia?

Por Iliana Hernández*



“De estas amargas horas de insomnio le quedó al Gaviero una secreta herida de la que manaba en ocasiones la tenue linfa de un miedo secreto e innombrable. La algarabía de las cacatúas que cruzaban en bandadas la rosada extensión del alba, lo devolvió al mundo de sus semejantes y tornó a poner en sus manos las usuales herramientas del hombre. Ni el amor, ni la desdicha ni la esperanza, ni la ira volvieron a ser los mismos para él después de su aterradora vigilia en la mojada y nocturna soledad de la selva”.

Nosotros también, como el personaje del Gaviero de Álvaro Mutis, nos hemos quedado con sentimientos contradictorios que seguirán resonando cuando este tiempo de pandemia pase. Año 2020, el tiempo en que retrocedimos hasta la última habitación de la casa para permanecer aislados por muchos meses en los que el temor sería la constante referencia; la higiene al extremo, los dos mundos que florecieron evidentes: uno donde el virus Covid-19 estuvo latente y se instauró el uso obligatorio de mascarillas, y ese otro espacio alucinante en el que la gente siguió con su vida “normal” saliendo y reuniéndose, unos descreídos de la enfermedad, otros contagiados de aburrimiento por la falta de novedad en el encierro.

Las muertes llegaron ese año, los vulnerables fueron cayendo, seguro que todos nos preguntamos si seríamos los siguientes.

Aprendimos a convivir diferente. Antes, la vida hacia afuera: los cafés, el trabajo, el tránsito, el cine, restaurantes, hoteles de paso, los parques y conciertos, los bares o simplemente la calle en la madrugada, eso era vida y amontonamiento.

Un año antes éramos celosos de nuestros espacios dentro de la vivienda, una sala para estar a solas o el patio a duras penas visitado. Hoy, la cocina invadida por familiares siempre hambrientos es un desfile a toda hora. De acuerdo con el historiador John Archer, durante la Edad Media y el Renacimiento, las familias vivían en una sola habitación. Es con la Ilustración que, en la búsqueda de un ser individual, las habitaciones separadas se construyeron y se estimuló la propiedad privada. Ahora es penoso compartir un espacio íntimo con toda la familia, saber que los otros escuchan cuando hablamos en el sueño, sentirnos vigilados hasta en los movimientos que hacen nuestros cuerpos día y noche.

Traigo a la mente *La habitación propia* que Woolf instó a reclamar

para la propia escritura, un recuadro material en el que la creación tuviera su tiempo y forma para florecer. No existe esa habitación propia en tiempo de pandemia; hay casas pequeñas como cubos desamparados en donde cada metro se va a seccionar para varios usos. Repienso la conveniencia de la habitación propia en esta realidad; ¿no queremos más contacto con los demás ante el inminente peligro?, ¿no quisiéramos traspasar la sala del zoom para recibir en esta habitación propia a los amigos? Recuerdo que en semanas pasadas dije a mis alumnos que, para animarme en esa soledad de impartir clase a una fría pantalla, me imaginaba que estaban frente a mí, en mi sala y que, cafecito en mano, discutíamos sobre traducción o gramática entre risas y lecturas. La habitación propia también nos ha impedido hacer comunidad en las buenas y en las malas.

Dice el Gaviero: “Quisiera dejar testimonio de algunas de las cosas que he visto en mis largos días de ocio, durante los cuales mi familiaridad con estas profundidades me ha convertido en alguien harto diferente de lo que fuera en mis años de errancia marinera y fluvial. Tal vez el ácido de las galerías haya muda-

do o aguzado mis facultades para percibir la vida secreta, impalpable pero riquísima que habita en las cavidades del infortunio”.

Es enero de 2022 y, como el Gaviero, quiero dejar testimonio de que el año pasado se desmoronaron planes, el bocado se cayó de la cuchara, no entendí muchas veces lo que a través de una máscara se me ha dicho; los días tuvieron 45 horas o seis, la mañana duraba minutos y la noche muchos insomnios. Estuve angustiada o me reí a carcajadas, escribí como llorar, dijo Revueltas.

Sumé experiencias para experimentar el mundo desde la virtualidad, miré por tiempo indefinido las copas de los árboles de mi patio, dibujé rostros para conocer el mío, recibí regalos vitales. La muerte se estacionó afuera de todas las casas limándose las uñas, lloré interminablemente con la libertad de dejarse ir sin pena. Supe que un espejo roto nos reflejaría a todos desde el inicio de la cuarentena e hice las paces con mi propia mortalidad y habitación. A pesar de todo, como el Gaviero, he vivido en la poesía y ha valido la pena. Sea 2022 bienvenido con la rabia del creyente y la pasión del que muere sobre la raya.

premoniciones@hotmail.com

*Es docente y traductora. Escribe artículos, ensayos, cuentos y poesía

“Unos descreídos de la enfermedad, otros contagiados de aburrimiento por la falta de novedad en el encierro”

UN VERDOR TERRIBLE

El principio de incertidumbre en la literatura

Por Rael Salvador

Tuvieron que pasar cierta cantidad de años para que la mecánica newtoniana diera paso a la física cuántica, de igual manera hoy la palabra salda su tiempo como expresión espiritual o "literatura comprometida" y, con *Un verdor terrible*, da paso a otra cosa.



¿Qué hace que nuestra sangre sea roja? El polvo de estrellas, los átomos de hierro —ese "color que cayó del cielo", aseguraría H. P. Lovecraft— que en el pasado abisal fueron la condición previa para la explosión de supernovas como Philip K. Dick.

No soy Demócrito, no soy físico, no soy cosmólogo, no soy matemático, no soy Einstein (quien no dominaba del todo las matemáticas), no soy Carl Sagan ni Penrose, no soy el espíritu de Hawking... Sé de partículas elementales lo que un cerdo sabe —regodeado en lodo de la imaginación cósmica— de Michel Houellebecq.

Ahí, sin más, mi principio de incertidumbre.

Lo que sí puedo especular es que para realizar *Un verdor terrible* (Editorial Anagrama, 2020), el escritor Benjamín Labatut (nacido en Rotterdam en 1980 y radicado en Chile) se ha valido de la masa de una estrella para hundir la cabeza en un agujero negro, desentrañar los jirones aún no disueltos de la luz y, como un Prometeo posmoderno, traernos de vuelta los mitos, el relato y los ensayos biográficos de aquellos "hombres de pensamiento" que, montados en hombros de Titanes, cambiaron la ruta de la Ciencia en el siglo XX: Schwarzschild, Einstein, Heisenberg, Schrödinger, Bohr, De Broglie, Grothendieck, Mochizuki y un ilustre etcétera digno de un nuevo concilio en Copenhague.

Atendiendo a Goethe —"sólo se puede escribir de aquellas cuestiones de las que no se sabe demasiado"—, Labatut va a ello con la destreza, arte y compostura de quien hace de la epifanía un milagro legible, comprensible, digno de ser promovido en un libro de estas características (sin género, inclasificable, misterioso, indeterminado), y no como si alguien se metiera un telescopio en lo profundo del culo para pretender saber "realmente" lo que hay detrás de todo lo que se escribe...

Lo percibimos en la frecuencia de lo verosímil, porque lo que cuenta o vale no es abrazar la sabiduría total, sino la aproximación a ella, la alétheia, como nos recuerda de Platón el profesor Nuccio Ordine: "El desvelamiento progresivo de la verdad y no el fin de llegar a una verdad absoluta".

Es decir, la sinceridad de los hechos en nuestro concepto de "realidad", enmarcada ésta en la nanotecnología de la *dignitas homini* —dignidad humana, vista como "pequeño mundo"—, que a decir del escritor alemán Gotthold Ephraim Lessing: "no reside en la verdad que uno posee o cree poseer, sino en el sincero esfuerzo que realiza para alcanzarla".

¿Cómo el animal llegó a convertirse en Borges? ¿Con qué ojo se miran los sueños? ¿Cómo aparece la "convencionalidad" —ataviada de "realidad"— en quien la observa? Si los sueños de la razón producen monstruos, es tiempo ya que los monstruos sueñen con razones productivas...

Por estipularlo de forma sucinta, después de la crueldad del gas Zyklon, las abominaciones de Hiroshima y Nagasaki, las devastación inhumana de millones de explosivos lanzados por EEUU en Vietnam, las sangrientas guerras de Irak, Afganistán, Siria, así como la "limpieza" de los actuales virus programados, no hay más prerrogativas.

Si Einstein se convirtió en el peor enemigo de la física cuántica —llegó a escribir a un amigo: "Esta teoría (...) me recuerda un poco el sistema de delirios de un paranoico excesivamente inteligente. Es un verdadero cóctel de pensamientos incoherentes"—. Su amarga queja de que "Dios no juega a los dados..." encontró respuesta en Niels Bohr: "No es nuestro lugar decir-

le a Él cómo manejar el mundo".

Así dejamos de ser jóvenes aprendices de las ideas (de lo que podemos augurar o asegurar de ellas) y, a decir del filósofo y psiconauta Terence McKenna, aprendemos a sumergirnos como el chamán que "viaja en el pozo de las tinieblas y vuelve con una perla de inmortalidad", recordándonos que "no moramos en la oscuridad que fue la historia humana", sino que capturamos la esencia, que es "el poder de lo divino del mito, del tecnólogo, del artífice de los mil demonios, el que trabaja los metales, el que conjura los espíritus y trae el poder de vuelta fuera de la historia".

Un verdor terrible es un libro hecho carne a partir del espíritu de los matemáticos y científicos mencionados, un tratado de "terrorífica belleza", porque como dice el autor de "Tiempo de magos", Wolfram Eilemberger, Labatut penetra en el "corazón de una realidad que pocos han visto antes que él, y que nadie ha descrito de esta manera".

Un ángel traducido a un solo instinto: visionar.

raelart@hotmail.com



Benjamín Labatut radica en Chile y publica para la Editorial Anagrama.



CHARLES BEEBE TURRILL,

AUTOR DE LAS PRIMERAS IMÁGENES DE ENSENADA



Por Arnulfo Estrada Ramírez*

Bien dicen que una fotografía dice más que mil palabras. Difícil resulta imaginarnos a una incipiente Ensenada, sin contar con una imagen de ella. En esta historia, hay un protagonista que nos regaló las primeras y más bellas fotografías de la Ensenada que en ciernes daba sus primeros pasos como población a finales de 1886. Fue apenas a cuatro años de distancia de haberse convertido en la nueva capital del Partido Norte de Baja California. Su nombre era Charles Beebe Turrill. Ésta es parte de su semblanza, y el inicio de una serie de artículos que describirá las actividades de los primeros fotógrafos que dieron a conocer a la pintoresca Ensenada, antes de haberse modificado de manera significativa su entorno costero, algo que dio inicio con las obras del muelle de altura a finales de 1940, y que se extendieron a lo largo de los años 50 y parte de la década de 1960.

CHARLES BEEBE TURRILL

Nació el 26 de marzo de 1854 en Folsom, California, y murió en San Francisco, el 11 de mayo de 1927. Ejerció como fotógrafo aficionado durante veinte años antes de fundar la firma profesional de Turrill & Miller Photographers alrededor de 1900. Turrill era un hombre culto pues, además de su labor como fotógrafo comercial, fue también historiador, coleccionista, autor e ilustrador. En todas estas actividades, el estado norteamericano de California fue su mayor pasión. El primer y único libro de Turrill, *California notes*, se publicó en 1876 cuando sólo tenía diecisiete años. Más tarde, sus fotografías aparecieron en varios libros que versan sobre la historia de California, de entre los que destacan está *Gold and sunshine, Reminiscences of early California* (1922). A lo largo de su vida, fue autor de numerosos artículos para *The San Francisco Chronicle*, *The Monitor* y muchas otras revistas y periódicos. También fue miembro activo de más de veinte sociedades y asociaciones de California, incluida la Sociedad de Estadunidenses Filatélicos, la Asociación Numismática de la Costa del Pacífico y la Sociedad de Pioneros de California. Ocupó muchos puestos cívicos importantes, como el de Comisionado de California en la Exposición de Nueva Orleans (1884-1886), Secretario de la Comisión Vitivinícola del Estado de California (1889) e historiador de la Lincoln Grammar School en San Francisco.

Además de sus logros como fotógrafo, Turrill fue probablemente más conocido en su época como coleccionista. A lo largo de su vida, acumuló una enorme biblioteca perso-



nal que consta de miles de libros y artículos efímeros, todos relacionados con la historia de California. Después de su muerte, la biblioteca de Turrill fue adquirida por The Society of California Pioneers. Turrill vivió durante la "edad de oro" de la fotografía de California, entre 1860 y 1890.

Turrill, sabía de la importancia del registro fotográfico como una herramienta relevante para documentar la historia de las comunidades. Por eso, escribió un artículo "Fotografía histórica" para la edición de 1914 de *Camera Craft*, revista especializada en artículos fotográficos.

TURRILL EN ENSENADA

Siendo aún muy joven y todavía aficionado a la fotografía, fue contratado por una inmobiliaria norteamericana conocida como la Compañía Mexicana, también mencionada como la Compañía Americana a finales de 1886. Dicha empresa, apenas en el mes de mayo del mismo año, había comprado a Pedro Gastélum el rancho Ensenada de Todos Santos que abarcaba una extensa superficie de 3 511.22 hectáreas, con la finalidad de deslindar los terrenos y desarrollar nuevas poblaciones en la región. El trabajo de Turrill consistió en hacer el registro fotográfico de los bienes materiales e históricos que se encontraban en los terrenos recién adquiridos.

Durante al menos un año, Turrill se dedicó a tomar fotografías en los restos misionales, poblaciones. Uno de sus personajes fue el ex soldado misionero Luis Aguilar que, de acuerdo con la tradición oral, fue el encargado de someter físicamente





al héroe Juan Antonio María Meléndrez Ceseña, horas antes de ser enjuiciado y fusilado en la Misión de San Vicente Ferrer.

De ese tiempo tenemos una fotografía panorámica de Ensenada, hasta el momento la más antigua de las que se conocen. Fue tomada el 5 de diciembre de 1886 por Charles Turrill desde las escaleras del antiguo edificio de la Aduana Marítima. Hace parte de cuatro fotografías que conforman una completa panorámica de esta ciudad portuaria. En el primer plano del lado izquierdo, podemos apreciar el edificio de la Aduana Marítima. Al fondo, a la izquierda, está la tienda de Andonegui y de Miguel Ormart (casa de dos pisos), y hacia la derecha, donde se ve una bandera, estaba el Ex Cuartel Militar, el Juzgado de Primera Instancia, la casa de Federico Appel —abuelo de Ernesto Ruffo Appel—, y la casa de dos pisos que está en la orilla, era de María Rodríguez de Carlo, en ese orden.



También de esa misma época, hay tres construcciones que aún funcionan. Una de ellas es la que actualmente se utiliza como oficinas administrativas del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), ubicada frente al Monumento a Hidalgo. Ésta es considerada como la construcción urbana más antigua de Baja California. Originalmente fue la oficina de la Compañías Colonizadoras Americana e Inglesa. Posteriormente, fue ocupada durante muchos años por la Aduana Marítima de Ensenada. La segunda construcción, se hizo entre 1886 y 1887 y es el edificio que actualmente ocupa el Museo Regional de Ensenada —que depende del INAH— y fue primero Juzgado de Primera Instancia y otras oficinas federales. Posteriormente lo ocuparon los cuarteles militares de la compañía fija hasta 1915, y el de infantería de Marina durante la Segunda Guerra Mundial. Fue además la cárcel municipal durante muchos años. La tercera construcción data de 1887 y es una casa habitación que la familia de Alfredo Corral posee desde la década de 1930. Esta cons-



trucción se ubica en la Calle Octava, entre las calles Ruiz y Gastélum. Actualmente ha sido habilitada como negocio con el nombre de "Villa Adelina, Café Vistro".

Cuando Turrill hizo las primeras imágenes de Ensenada, apenas había unas 50 familias y el número de habitantes no pasaba de 300. Medio año después, la población ya se había duplicado y estaban en construcción importantes edificios como el Hotel Iturbide, Hotel Bay View, el Hotel Pacheco, el bello e icónico edificio de tres pisos que por muchos años se conoció como El Nopal, así como el lugar público que actualmente se llama Parque Revolución.

kumeey@yahoo.co.mx

*Cronista oficial de Ensenada. Autor del Diccionario Kiliwa



Historias de una niñez desgarrada



Por Sergio Gómez Montero*

En memoria de Gerardo de la Torre

¿Cómo es que cada escritor escoge los temas sobre los cuales trabajar? ¿Qué lo lleva a uno, como escritor, a centrar su atención en una determinada temática? Puede, en efecto, que la respuesta a esas preguntas la tenga que dar un especialista en psicoanálisis luego de platicar largo y tendido con el autor de las historias... Mas, en fin, déjese eso de lado, y váyase mejor al contenido de esta nota.

Es decir, eso —las obsesiones de quien escribe— aquí desde luego que no interesa descifrarlo, sino sólo afirmar que dos de las novelas publicadas por Jennifer Clement —ambas traducidas al español— se centran por diversas razones en la vida caótica y triste, al mismo tiempo, de dos pequeñas protagonistas que de una u otra manera tienen que ver con el país. Al margen de que una de esas novelas no se desarrolle físicamente aquí, si la otra, la novela, de manera directa, se desarrolla en esta tierra. En el segundo caso, de manera indirecta, mucho de la novela tiene que ver con México y la historia. Y culmina precisamente en tierras mexicanas, aunque lo sustantivo de la novela no tiene cuerpo geográficamente acá. Mas, al margen de eso, lo que en las novelas de referencia interesa es ver cómo la autora encontró en dos historias desgarradoras de infancia el material que le permitió elaborar dos libros de una solidez indudable, haciendo ver a los lectores los momentos trágicos de existencia de niñas pequeñas cuya vida, desde que se inicia, está signada por la tragedia. Aunque sin perder muchos rasgos —la inocencia, la alegría, la camaradería— que caracterizan en particular a las niñas que atraviesan por esas edades de la existencia.

Escritas con rigor y limpieza, sobresale en ellas la habilidad de quien utiliza con gran contundencia el lenguaje para, así, desarrollar historias trágicas que envuelven al dolor ajeno que toma cuerpo en la vida de dos pequeñas que les toca vivir en mundos en los cuales, debe considerarse, nadie quisiera vivir. El lenguaje puesto, de tal forma, al servicio de la desgracia y el infortunio.

En el primer libro aquí mencionado (*Ladydi*, Editorial Lumen, 2014) la historia se desarrolla en un estado de Guerrero en donde, lo que resalta, es la presencia del narco, que, virtual

y realmente, domina la vida diaria de todas las regiones que componen esa entidad, tanto en sus zonas rurales más alejadas —la sierra, las costas, la montaña—, como en sus centros urbanos más importantes —Acapulco, Chilpancingo, Taxco, Iguala—. Para quienes no conocen esos lugares, lo que narra Clement en esta novela es (puede ser) la historia de un México desconocido, dada la brutalidad como lo desgarrador de sus escenas, que no en balde ya fueron llevadas al cine, en una película (*Noche de fuego*) que, igual que la novela, lo lleva a uno a pensar si lo que allí sucede puede ser cotidiano en cualquier parte del mundo. Es decir, lo que narra Clement —resultado de un conocimiento profundo de la realidad que describe, como lo ilustra un acercamiento somero a su vida personal— lo lleva a uno a reflexionar si la singularidad de lo allí descrito puede ser parte, hoy, de la realidad contemporánea de cualquier país del mundo: ¿pueden, en cualquier país del orbe, darse las escenas que se describen en esta novela: infantes bañadas por napalm —sin ser tiempos de guerra—, enterradas para evadir la violencia desplegada por el narcotráfico, raptadas desde los doce años por los narcotraficantes, niñas aparentando ser hombreritos para evitar esos raptos el mayor tiempo que sea posible, añorando pintarse las uñas sin poder hacerlo, extrañando a un padre que emigró —desde que ellas era muy pequeñas— a Estados Unidos; servidumbre doméstica en la ciudad que más las involucra con el narcotráfico.

Historias concéntricas todas ellas, donde el punto nodal de la trama es la niña-adolescente que, ella y sus amigas, comparten experiencias paralelas, en donde su género las hace perder siempre, y de allí que su vida, de principio a fin —dentro de la novela—, sea una retahíla continua de desventuras y desgarraduras, como si ello fuera la razón de su existir.

Pero, desde luego, un poco a la manera de Luhmann, hay un círculo mayor que envuelve a todo lo que sucede a esas niñas-adolescentes, y que bien conoce la autora (Clement): el entorno social en que esas vidas se desarrollan y que tiene que ver con la realidad de un capitalismo neoliberal en el cual el país vivió durante muchos años, y realidad que, en zonas rurales como las de Guerrero, propició y aún propicia precisamente esos dramas brutales que afectan de manera tan lastimosa a las niñas y los niños de esas regiones del país.

En la segunda novela de esta autora que aquí se reseña, el eje de la misma vuelve a ser la niñez (*Amor armado*, Editorial Lumen, 2018), por igual adolorida y triste, pues su vida se sale de lo común y se inscribe en un mundo singular —desgarrador y sombrío— que la sumerge en un cotidianidad que, por principio, se desarrolla junto a su madre, en un auto viejo e inservible estacionado a las orillas de los pantanos de la Florida, en Estados Unidos, y donde, la principal protagonista de la novela —una pequeña que evoluciona hasta la adolescencia—, registra una serie de acontecimientos que escapa al común de los mortales, comenzando, claro, por ser huérfana, ya que nunca conoció a su padre, lo que, desde que

Ladydi

Jennifer Clement



Literatura de mente

Gerardo de La Torre, un puño levantado

Por Fernando Reyes Trinidad*



Podría decir que Gerardo de la Torre pulía muchos sus textos, casi como Flaubert. Podría decir que traducía casi perfecto del inglés, que sabía como pocos de cine clásico, que como guionista era estricto en su estilo y, al mismo tiempo, libérrimo en su creatividad.

Podría decir que Gerardo de la Torre amaba el béisbol tanto como el dominó, y que el whisky era de sus mayores pasiones —éste no le hizo ni mella, lo vi tomando cantidades pantagruélicas y jamás lo vi mala copa—, él ya traía su carácter fuerte integrado y su puño era de temer.

Podría decir que las novelas y cuentos de Gerardo cabalgaban entre el estilo tan limpio y una fuerza narrativa que apabullaban, sin menoscabo de historias de un compromiso social como ya pocos lo tienen.

Podría decir que juntos lidiamos desde hace tres años contra los detractores de una izquierda de la cual él fue defensor por más de 65 años. Luego dejamos de pelear y discutir contra esos adversarios.

Podría decir algo sobre José Revueltas, José Agustín o Yolanda de la Torre que salió de los labios de nuestro Gerardo.

Podría hablar del tierno de clóset que era, o de los arranques que tuvo contra la estupidez humana, la política o la literaria, la sindical o la académica.

Podría decir algo sobre lo que otros me dijeron de él, lo que dudé, lo que cuestioné o lo que jamás creí.

Podría decir que yo lo maté hace como quince años, antes de las redes digitales, cuando leí que una Yolanda estudiante de la Sociedad General de Escritores de México (Sogem) anunciaba la muerte de su padre. Impulsivo, como siempre he sido, escribí una sencilla pero sentida esquelita, la que algunos creyeron y lamentaron, y que el mismo Gerardo siempre celebró como un acto de desafío a la huesuda. Yolanda, su querida hija, guardó también por años ese obituario ficticio. Entre la pena y la alegría de que no era cierto tal deceso, cultivé aún más mi amistad con nuestro feroz narrador de origen oaxaqueño, pero chilango de toda la vida y el corazón.

Me llega a la mente las Tortas Jorge —en Morena y Obrero Mundial—, legendarias como La Onda y las anécdotas del inicio de este grupo —que cambió la manera de leer y escribir de los mexicanos—.

Recuerdo que nos citamos para encontrarnos un día porque quería ver si yo le editaba un manual de guionismo con ejemplos virtuosos del cine universal. Lamento no haber tenido el dinero para hacerlo.

Podría decir que fui afortunado que me llamara “Trini” y que me haya invitado a su departamento en Vertiz, donde una sola vez lo vi llorar; cantamos “Dios nunca muere”.

En estos momentos escucho el himno de Oaxaca con Lila Downs y no me queda más que llorar. “Dime quién eres, Dios mío, que tanto me haces sufrir. Y mi corazón marchito por ti llora sin cesar... En ti tengo esperanza, en ti veo que se alcanza la paz querida del corazón”. Podría decir que me lo presentó Arturo Trejo Villafuerte y que me vuelvo a partir, pues ambos —amigos de cantina, ideales y compromisos, proyectos literarios que compartieron toda su vida— se fueron en estos infaustos tiempos, uno y otro humildes en su grandeza humana. Los dos significaron tanto en mi existencia huérfana de padre. Luego supe que era papá de mi amiga de hace 35 años, Yolanda de la Torre.

Después conocí sendas historias, que es la misma y hoy tengo doble dolor porque pierdo un amigo de esos de ley, de palabra, de testosterona para las cosas cabronas y chingonas de la vida; y mi otro dolor es saber el dolor de su hija.

Estoy contigo, amiga entrañable. Quiero recordarlo como maestro, convencido y convincente. Pues a mí, además de enseñarme guionismo y algunos secretos de la narrativa, me enseñó algo más valioso aún: el compromiso político y social, la fidelidad a los ideales, la perseverancia y la fuerza a pesar de las cosas más duras que trae, sin devolución, esta vida.

Te quiero, Gerardo. Te recordaré con ese humor tan tuyo, tu gesto reflexivo de tocarle nariz y boca, y, sobre todo, tu puño siempre levantado.

ferreyes2004@yahoo.com.mx

*Docente, estudió Letras Hispánicas y Psicología

la narración inicia, hace que ella viva rodeada de seres especiales que la acompañan compartiendo su vida y varios de los que, conocidos de su madre o ajenos a ella, la relacionan desde muy pequeña con el mundo de las armas que es lo que, en este libro, se convierte en la divisa dominante, aunque no desplace la atención de lo que es el eje central de la historia: la vida, otra vez desgarrada y desgarradora de una pequeña quien desde sus primeros años de vida se ve atraída por el cigarro y se acompaña de una pareja de mexicanos que se dedican al tráfico de armas de Estados Unidos a México. Así, la vida de esta niña sufre un cambio brusco cuando su madre es asesinada por uno de sus amigos traficante de armas, quien la lleva a un refugio de infantes que esperan la adopción, del cual es rescatada por sus amigos mexicanos para hacer un viaje a Texas a buscar la tumba de Selena. La historia termina, con ella, la niña, ya adolescente, apoyando a sus amigos mexicanos precisamente a traficar armas para los cárteles de la droga a lo largo de la frontera de ambos países, sin saber lo que la vida le va a deparar de ahí en adelante.

RECOMENDACIÓN POR EL EDITOR DE LOS NEW YORK TIMES
Jennifer Clement
Amor armado



En el caso de Clement habría que destacar, otra vez, no sólo su fluidez para narrar, sino, sobre todo, el conjunto de cosas que lo llevan a uno a pensar sus libros en términos de futuro y que puede concretarse en una sola disyuntiva: ¿de quién será ese futuro que se avecina?: ¿de las niñas y los niños desgarrados y desgarradores de estas novelas, o de las niñas y los niños fifis, que hoy acuden a muy pocas escuelas del país, armados de su celular y su tableta? O mejor, ¿cambiar el futuro del mundo y que los niños de Clement ya no existan más para no tener que disputar, así, el futuro?

Sí, en realidad es muy apasionante leer estas novelas.

P. D. Decirle adiós a Gerardo de la Torre es decirle adiós a un hermano con quien tuve la suerte de compartir experiencias múltiples de militancia política, trabajo y parranda. Una amistad valiosa, que se conservó aun a distancia y que por diversas razones no pudo concretarse ya acá, en Ensenada, en donde más de una vez quedamos de vernos. Me queda pendiente escribir más largo de mi hermano Gerardo —el “obrero mundial”, lo llamaba Elena Poniatowska, porque en esa calle del antiguo Distrito Federal vivía Gerardo—, el petrolero, con quien, tarde o temprano, me volveré a reunir, acompañados de nuestra infaltable botella de ron, en una buena partida de dominó, en alguna cantina de las que teníamos por costumbre visitar.

gomeboka@yahoo.com.mx

*Sólo estructurador de historias cotidianas. Profesor jubilado de la UPN/Ensenada

The Beatles: *Get Back*

DE VUELTA A DONDE PERTENECEN

El documento audiovisual que los coloca de nuevo en los reflectores internacionales ofrece un retrato intimista de la relación musical y personal entre Lennon, McCartney, Harrison y Starr en el ocaso de la icónica banda de rock

Por Manuel Quintero*



"Lo mejor lo hemos hecho cuando estamos contra la pared"
John Lennon

En un intento por acercarse como banda y volver a sus raíces de tocar y grabar en vivo sin "trucos" de estudio, The Beatles se propone el reto de componer, ensayar, grabar y presentar ante una audiencia 14 canciones en el transcurso de enero de 1969 en un proyecto que tendría como resultado un disco y un documental, ambos titulados *Let it be* (1970).

El objetivo no sólo se supera, sino que en una demostración de creatividad y química musical John Lennon (1940-1980), Paul McCartney (1942), George Harrison (1943-2001) y Ringo Starr (1940) desarrollan ideas de 11 de las 17 canciones que integrarán otro de sus galardonados álbumes, *Abbey Road*, de 1969.

Para regocijo de los melómanos de antaño, de hoy y de las nuevas generaciones, las 22 sesiones de trabajo de una de las más icónicas bandas de rock y la música en general, fueron documentadas de manera audiovisual y presentadas en *Get Back* (Jackson, 2021).

Memoria histórica de la sociedad

Con la invención del fonógrafo por Edison en 1877, que permitía grabar y reproducir sonido y posteriormente con la llegada del cinematógrafo de los hermanos Lumière, en 1895, la humanidad se ve en la posibilidad de conocer su pasado y registrar su presente a través de sonidos e imágenes en movimiento, constituyéndose un patrimonio audiovisual para las futuras generaciones.

Desde entonces, con la integración de las funciones de ambos artefactos y su desarrollo tecnológico a través del tiempo (cine sonoro, magnetófono de bobina abierta, video, grabadoras de audio, digitalización) que permitió su accesibilidad y portabilidad (teléfonos inteligentes), la documentación audiovisual de la memoria histórica de la sociedad toma un valor incalculable.

Sin desplazar al libro o a la fotografía como soportes previos para transmitir conocimientos, el registro y la difusión de materiales audiovisuales vino a sumar a la conservación y difusión de la información y cultura de las sociedades, dán-



donos la posibilidad de "vivir" acontecimientos históricos, de ver y escuchar a personas o lugares que existieron en una determinada época.

Actualmente, en la era de la hiperinformación, basada en la revolución de tecnologías digitales y el internet, el material audiovisual es fundamental para la labor informativa y de comunicación.

Los registros a partir de la producción y documentación audiovisual forman parte de nuestra identidad cultural, de nuestra memoria y legado social, testimonios vivos que reflejan ideas y costumbres de una época o contexto de la humanidad para su futuro análisis y valoración, de ahí la importancia de conservar y preservar este tipo de documentos, reconocida incluso por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO, por sus siglas en inglés), al proclamar el 27 de octubre como "Día Mundial del Patrimonio Audiovisual".

En el contexto de la historia de la música, del surgimiento del rock & roll en la cultura pop entre las décadas de los años 50 y 60 y el desarrollo de la cultura de masas a través de las industrias culturales con la radio y la televisión como aliados, The Beatles fue la banda de rock que encabezó dicho momento, primero como fenómeno de masas a través de la "Beatlemania" -que sin dudar de sus capacidades musicales (o a partir de ellas) eran vendidos como un producto de mercado- y después como agrupación de vanguardia, marcando tendencias musicales y de producción sonora gracias a su desbordante creatividad y a la ayuda de sus amigos, Brian Epstein (1934-1967), manager, y George Martin (1926-2016), productor.

El "proyecto"

En enero de 1969, el cineasta y documentalista Michael Lindsay Hog (1940) -cuyo padre biológico fue Orson Welles- se "encerró" junto a The Beatles y un selecto grupo de colaboradores, primero en los estudios de cine de Twickenham y después en los estudios de Apple, en Londres, Inglaterra, para dirigir lo que en su momento se conoció como "el proyecto", una idea de Paul McCartney -compositor, cantante y

multinstrumentista de The Beatles, quien en esa etapa fungía como líder del grupo ante la muerte de Brian Epstein-, para documentar de manera audiovisual el proceso de la banda para la composición, ensayo y grabación de un conjunto de canciones, sin tener claro si el resultado sería un disco, un programa de televisión o una película para estrenarse en cines.

Para el encargo, Lindsay-Hog, quien ya había trabajado con The Beatles y con The Rolling Stones en su famoso *Rock and Roll Circus* (1968), dispuso de múltiples cámaras de cine en 16 milímetros colocadas a distancia media para no interrumpir a los músicos, además de micrófonos y grabadoras para registrar el sonido, a manera de un "reality show" contemporáneo.

Durante 22 sesiones, del jueves 2 al viernes 31 de enero de 1969, el equipo de filmación documentó el proceso de creación del último disco de The Beatles en ser publicado: *Let it be* (8 de mayo, 1970), que supuso –junto a muchos otros diversos factores– la ruptura de la agrupación el 20 de septiembre de 1969 con la salida de John Lennon, aunque oficialmente anunciada el 10 de abril de 1970.

Como resultado se obtuvieron decenas de horas de filmación y cientos de horas de grabación de sonido a lo largo de las sesiones, de las cuales sólo se utilizaron 80 minutos para armar un documental que originalmente se llamaría "Get Back" y que finalmente llevó por título *Let it be*, estrenado en cines el 11 de mayo de 1970 ante la indiferencia de los miembros del grupo.

Cincuenta y un años después de aquellos acontecimientos el cineasta neozelandés Peter Jackson (1961), con el impulso de los Beatles sobrevivientes Paul McCartney y Ringo Starr y con el consentimiento de Yoko Ono (esposa de Lennon) y Olivia Arias (esposa de Harrison) presentó en formato de serie documental una nueva versión de las sesiones de enero de 1969 titulada *Get Back*, estrenada en tres episodios los días 25, 26 y 27 de noviembre de 2021 a través de la plataforma de contenidos audiovisuales en streaming Disney+.

Jackson (conocido popularmente por dirigir la trilogía de *El señor de los anillos*, basada en la novela de J.R.R. Tolkien) tuvo acceso al archivo audiovisual de la banda –de incuestionable valor histórico y sentimental para los amantes del rock y la música popular– para ofrecer una nueva versión de las relaciones musicales y personales de The Beatles en ese momento, debido a que la publicada previamente estaba más enfocada en destacar los aspectos negativos de las sesiones.

Para desarrollar la titánica labor el equipo de producción dispuso de alrededor de 60 horas de imágenes intimistas de la banda, así como de 150 horas de grabaciones de audio, con conversaciones adicionales acerca de las decisiones que se iban tomando día con día e incluso de pláticas de carácter privado entre los integrantes del grupo.

Se trató de renovar y revisar el material audiovisual que estuvo "enlatado" durante casi medio siglo desde el momento en que la producción dispuso del mismo, lo que contempló un proceso de trabajo de 4 años para la restauración de películas y cintas de audio con la tecnología digital más avanzada, además de una nueva construcción narrativa para ser presentada a la sociedad.

El resultado fue un trabajo final de casi 8 horas de duración que, aunque sí acontece en los momentos finales de The Beatles como agrupación, no se concentra sólo en los momentos de tensión sino que da cuenta de un grupo de amigos que disfrutaban de hacer música juntos en un ambiente de camaradería, siendo bromistas y muy creativos.

Creando el legado

La primera parte del documental, que comprende 7 días de sesiones y que abarca del 2 al 12 de enero de 1969 inicia con la instalación y montaje de instrumentos, equipo de sonido y filmación en el estudio de cine de Twickenham, al suroeste de Londres, bajo la supervisión de Glyn Johns, técnico de grabación y con el apoyo de Mal Evans, gestor de conciertos.

Conforme llegan John Lennon, George Harrison, Ringo Starr y Paul McCartney (en ese orden) se felicitan de manera amistosa por el inicio de año y se colocan sus instrumentos para iniciar su relación creativa y compositiva.

Sin gustarles del todo la acústica por la amplitud del lugar y por no ser un sitio propicio para grabar un disco, The Beatles deciden comenzar por escuchar y aprender algunas de las ideas melódicas y armónicas de cada integrante aún en proceso de composición para ir añadiendo los demás instrumentos de manera colectiva, el espectáculo musical ha iniciado.

La primera pieza inconclusa que escuchamos es "On the Road to Marrakesh", en la voz y guitarra de Lennon, mostrándosela a Harrison, una canción antes conocida como "Child of Nature" para las maquetas del disco The Beatles (el álbum blanco, de 1968) y que terminó publicándose con otra letra hasta 1971 con el nombre de "Jealous Guy" del material solista de John, "Imagine".

Ya con Starr sentado en el banquillo de baterista continúan con "Don't let me down", también de Lennon, en una versión inicial sin letra ni melodía en algunos de sus versos, pero ya con su clásico coro, todo bajo la mirada supervisora de su productor de cabecera, George Martin –a pesar de ser un clásico, la canción no se incluyó finalmente en el álbum *Let it be* (1970), pero fue el lado B del primer sencillo de dicho material "Get Back", lanzado el 11 de abril de 1969–.

Al integrarse McCartney les muestra una versión inicial de "I've got a feeling", de la cual los demás comienzan a seguir sus acordes, surgiendo en ese momento la propuesta de Lennon de agregar otra melodía de voz en la parte intermedia de la pieza pero sobre la misma armonía, idea que a la postre hizo que los críticos especializados consideraran dicha canción como la última gran colaboración de la célebre dupla creativa.

Los primeros siete días transcurren con una química musical evidente, con John y Paul fluyendo, George intelectualizando y proponiendo variantes armónicas con sus líneas de guitarra y Ringo cazando el ritmo adecuado, regalando a los espectadores momentos únicos de la historia del rock y la música pop del siglo XX en la comodidad de sus hogares.

Así podemos ver y escuchar los arreglos iniciales para "Two of us"; el surgimiento de la idea primaria de "Get Back", con un McCartney fraseando palabras al azar y un Lennon llegando al estudio en medio de la situación y acoplándose para desarrollar la canción.

Además, ante el panorama de completar 14 canciones para grabar un disco, deciden sacar del baúl viejos temas inéditos de la agrupación, que a su parecer eran "poco sofisticados", rescatando uno en particular para el disco, "One after 909", escrita a los 15 años de edad, según dice Lennon.

"Across the universe", también de Lennon, mostrada a los demás a través de una maqueta grabada previamente en solitario y con corte a todos arreglándola; "I me mine", de Harrison, compuesta el 7 de enero por la noche, según indica, en compás de vals de 3/4. "Somos una banda de rock", dice un irónico Lennon para posteriormente bailar vals con Yoko Ono.

«Los registros a partir de la producción y documentación audiovisual forman parte de nuestra identidad cultural, de nuestra memoria y legado social, testimonios vivos que reflejan ideas y costumbres de una época o contexto de la humanidad para su futuro análisis y valoración»

También se disfrutaban momentos anecdóticos, de camaradería y de toma de decisiones, como cuando Paul y Ringo improvisan a manera de juego en el piano; la revisión habitual de las publicaciones de la prensa acerca de ellos, a las cuales califican de mentiras; una ligera electrocución que sufre Harrison ante el micrófono con el que canta y el consenso unánime de buscar a un pianista para acompañarlos en las canciones y poder tocar en vivo para la grabación.

En esta primera semana de trabajo también surgen las primeras discusiones y dificultades grupales debido a propuestas de arreglos musicales que no encajan o que se complejizan de más, principalmente entre Paul y George; momentos de tensión por la presión de tiempo para terminar; las llegadas tarde de John al estudio, “estoy pensando en echarle”, refiere Paul, o las constantes llamadas de atención de este último para que trabajen con mayor entusiasmo y creatividad.

También se incluyen las primeras apariciones de las versiones iniciales de canciones como “The long and winding road”, de McCartney, “For you blue”, de Harrison y “Let it be” de McCartney, aún sin letras ni melodías claras y que integraron el corte final del disco del mismo nombre, *Let it be*.

La primera parte de *Get Back* concluye con una abrupta discusión entre George y Paul por diferencias musicales que termina en el abandono de la banda del primero, “dejo la banda, consigan a alguien”, dice, pero que para fortuna de los melómanos, regresa días después tras un acuerdo con los demás integrantes.

Para la segunda parte del documental se nos presentan otros 9 días de sesiones de grabación, abarcando del lunes 13 al sábado 25 de enero ofreciéndonos la posibilidad de ver en “primera fila” acontecimientos importantes para la historia de la banda de rock más icónica del siglo XX; la manera en que tomaban decisiones y el papel que desempeñaba cada uno al interior de la agrupación.

Así tenemos un momento de apertura grupal –con la omnipresente de Yoko Ono– en el que aceptan que desde que falleció Brian Epstein (1934-1967), ex manager de la banda e impulsor de la Beatlemania, las cosas no han sido igual, pues dicen, se han vuelto negativos, sin disciplina y con hartazgo hacia la banda, llegando a hablar en palabras de John de un posible “divorcio” y con Paul secundándolo, “eso está cercano”. Incluso Ringo interviene al referir “llevamos 18 meses gruñones”.

Para aliviar las tensiones, en el noveno día de sesiones, el martes 14 de enero, ajustan la dirección del “proyecto” y deciden trasladarse a las instalaciones de Apple Corps, en un ambiente más íntimo, de estudio, para grabar el álbum, también se cancela la idea de un show televisivo.

Mientras que para el día 13 de sesiones, el miércoles 22 de enero, un viejo amigo de la banda, Billy Preston (1946-2006) –pianista de los maestros Ray Charles y Little Richard– llega al estudio de manera fortuita a saludar a The Beatles, sin saber que necesitaban a alguien para tocar el piano eléctrico,

por lo que de inmediato lo integran y graban con él como músico invitado.

En la tercera parte de *Get Back* se nos muestran las últimas 6 sesiones de trabajo para sacar adelante el “proyecto”, comprendiendo del domingo 26 al viernes 31 de enero de 1969.

En este capítulo destaca la famosa presentación de The Beatles desde la azotea de los estudios de grabación de Apple en la calle Savile Row a manera de clima narrativo, tratándose de la primera presentación al aire libre en tres años del cuarteto con una audiencia improvisada integrada por sorprendidos peatones que caminaban en ese momento por ahí, un jueves 30 de enero de 1969.

Previo a dicha actuación pública, se analizó la posibilidad de realizarla en el Sabratha Amphitheatre, sitio histórico en Trípoli, Libia; en el Parlamento británico; en Manila; Memphis, Tennessee, en alusión a Elvis Presley, ícono cultural conocido como “El rey del rock and roll”; un hospital o un orfanato; un barco en altamar; tocar en Francia; una granja en Escocia o Yugoslavia e incluso en un aeropuerto.

Una joya musical

En *Get Back*, el melómano del rock y la música en general podrá encontrar jam sessions (improvisaciones musicales sin ensayo previo) del cuarteto de Liverpool.

Canciones inéditas de The Beatles (tanto de su etapa de traje y peinado mop top, como exploradas para la ocasión), como “Just Fun”, “Because I know you love me so”, “Thinking of linking”, “Won’t you please say goodbye”, “You wear your women out”, “My imagination” y “I’m ready” (también conocida como “Rocker”).

Versiones iniciales de canciones en desarrollo de los distintos integrantes de la banda que fueron descartadas para formar parte del catálogo Beatle pero que integraron sus discografías solistas, tales como: “Gimme some truth” (*Imagine*, 1971) y la ya mencionada “Jealous Guy”, de Lennon; “All things must pass”, de Harrison (*All things must pass*, 1970), “Teddy boy”, de McCartney (*McCartney*, 1970) y “Trip to Carolina”, de Starr.

Procesos de composición de canciones surgidas en el momento y que ahora son clásicos, como el caso de la que da título al documental, *Get Back* y la que da nombre al disco *Let it be*.

Versiones alternativas de algunas composiciones, como es el caso de “She came in through the bathroom window”, con un ritmo más lento pero contundente que la versión final publicada en el álbum *Abbey Road* de 1969, la cual se incluye a manera de ensayo en la reedición de “súper lujo” del disco *Let it be*, lanzado en octubre de 2021, un mes antes del estreno del documental *Get Back*.

Además de la canción anterior, en las sesiones de *Let it be* también surgieron o se desarrollaron otras ideas musicales que a la postre integrarían el siguiente disco, el *Abbey Road*, con temas como “Maxwell’s silver hammer”; “Golden Slumbers”; “Carry that weight”; la clásica y multiversiónada “Something”, de Harrison, que incluso Elvis Presley y Frank Sinatra grabaron; “Oh! Darling”; “Octopus’s garden”; “Polythene Pam”; “Mean Mr. Mustard” y “I want you (she’s so heavy).”

Por si fuera poco, ensayos de canciones grabadas por The Beatles en discos anteriores, como “Ob-La-Di-Ob-La-Da” y “I’m so tired” (*The Beatles*, 1968) y “Every little thing” (*Beatles for sale*, 1964) entre muchas otras.

Así como interpretaciones de canciones de sus autores favoritos a manera de calentamiento para iniciar los días de trabajo, o bien, para relajar tensiones, tales como “Johnny B. Good” y “Rock & roll music”, de Chuck Berry; “Quinn the Eskimo” y “I shall be released”, de Bob Dylan; “Save the last dance”, interpretada por The Drifters; “Midnight special”, Trad; “What do you want to make those eyes at for me”, interpretada por Emile Ford and The Checkmates; “Stand by me” (King, Leiber, Stoller) y “You win again”, de Hank Williams.



Fotos: Ethan A. Russell

THE BEATLES GET BACK



El documento audiovisual "Get Back" ofrece de manera generosa un ramillete de imágenes y sonidos con un valor invaluable en la historia de la música popular y en particular del rock del siglo XX, ese género que tuvo y sigue teniendo un trascendente impacto en la esfera social y cultural gracias a su actitud transgresora, a sus mensajes de amor, paz y justicia social y que tiene en The Beatles a uno de sus máximos representantes.

Pero quizá su principal valor sea la posibilidad de poder ver y escuchar a los fabulosos cuatro "roqueando" en vivo con camaradería en el ocaso de su carrera y constatar lo mucho que disfrutaban de componer y tocar juntos, así como lo prolíficos que podían llegar a ser en un corto periodo de tiempo para incrementar su legado musical.

manoqui.mx@gmail.com

*Periodista cultural, productor audiovisual y músico

NUMERALIA LET IT BE

- 8 de mayo de 1970, lanzamiento
- 12 canciones en el disco
- 35:11 minutos de duración
- 1 canción en las listas de números 1 de The Beatles: "Get Back" (1969) durante 5 semanas
- 5 de febrero de 2008, la NASA transmite "Across the universe" a través de ondas acústicas a la estrella Polaris, a 431 años luz de la Tierra
- 7 canciones en la lista 100 grandes canciones de The Beatles de la revista Rolling Stone
- 1 Oscar como mejor banda sonora del documental de 1970, "Let it be"

Y acaecía el *Bossa Nova*

Por José Barbosa*



Cuando llegaron Cellos —con la obsesiva expresión de los "novos"— el mundo todo se derramó en mil incendios como la luz del sol en una mañana nueva.

Y fue *O indio novo*, que brota de aquel movimiento inaugurado con el *Manifiesto Antropófago* de Oswald de Andrade en 1928. Y fue también un venturoso suceso que inició cuando Marcus Vinícius da Cruz de Mello Moraes (1913-1980), Tom Jobim y Joao Gilberto, grabaron aquel álbum musical, *Canção do amor demais* —cuyas letras escritas por el poeta y musicadas por Jobim, fueron interpretadas por Elizete Moreira Cardoso—, que aconteció el *Bossa Nova*.

Antropofagia, palabra emparentada con el título del cuadro *Abaprou* —antropófago en Tupí, y obsequio de la pintora Tarsila de Amaral a De Andrade—, que despierta la idea que bien pudo definir un viraje, además de estético, ideológico, para abreviar en la identidad cultural de los pueblos donde sus originarios son negados siempre, y crear algo nuevo, *novo, nova*.

Y acaeció con el *Bossa Nova*, para situarse frente a los ojos de todos —irrumpiendo, caminando, cantando—, encantando a quien lo vio, Vinícius de Moraes.

Disfrutón de la noche, amigo de sus amigos a quienes dedicó incontables y fastuosos versos, autor de una de las tres canciones más interpretadas por distintas voces en las diferentes lenguas que se hablan en el planeta, *La chica de Ipanema*.

Dijo de él Carlos Drummond de Andrade que puede estar entre los tres más grandes de la lengua portuguesa, pero el hombre de las frases memorables y festivas jamás se lo tomó en serio, ni a sí mismo, ni a la condición de serlo.

¿Ciclotómico, dicen? Qué hay de extraño en ello, tratándose de un hombre intentando entenderse con el mundo, quien vivió en sentido contrario a las manecillas del reloj, y que por eso no es incomprensible que el poeta y cantor, fiestero testarudo, haya sido puesto fuera del cuerpo diplomático de su país a la llegada de los militares en 1964, y llamado "de vagabundo".

Treinta años pasaron luego de su muerte para serle restituidas sus credenciales y hecho embajador por el gobierno de Ignacio Lula da Silva, el obrero metalúrgico que se hizo presidente de la república donde fue nacido.

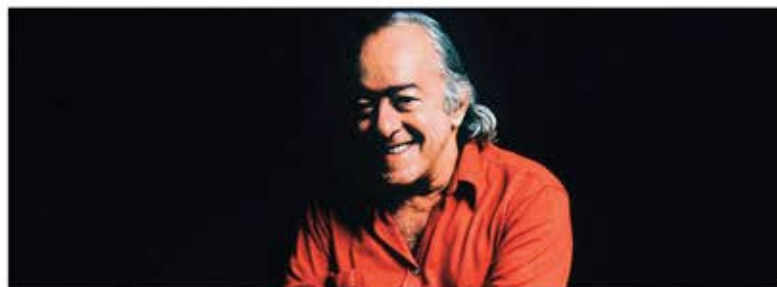
"Tuvo coraje de no sólo ser poeta, sino ser poeta y llevar la vida de poeta", refirió Carlos Drummond de Andrade. "La emoción en él estaba siempre a la vera de transbordarlo todo", recuerda Georgiana de Moraes, una de sus hijas.

Cerca de morir, gato amoroso, curado de la amargura de haber sido puesto fuera de la diplomacia —ya con el humor bueno suyo restablecido—, había dicho que de haber conservado aquel documento donde se pedía su casación, lo enmarcaría para colgarlo en alguna de las paredes de la casa. "Ser llamado de vagabundo por Costa y Silva es el mayor elogio que yo podría haber recibido", contó alguna vez Gilda de Queirós Mattoso, su esposa.

Y dejó aquí ese poema que el poeta dijo al enfrentar la manifestación en su contra por los esbirros del salazarismo en Lisboa: "De mañana anochezco,/ de día tardo,/ de tarde anochezco,/ de noche ardo. Al oeste la muerte,/ contra quien vivo/ del sur cautivo,/ el este es mi norte./ Otros que cuenten/ paso por paso:/ yo muerro ayer/ nazco mañana/ ando donde hay espacio:/ mi tiempo es cuándo.

juiz_barbosa@hotmail.com

Estudió Lengua y Literaturas Hispánicas



Cine social brasileño: *7 prisioneros*



Por Fernando Mancillas*

Con la influencia del Neorrealismo italiano y la *Nouvelle Vague* francesa, a finales de la década de 1950 y principios de 1960, surgió en Brasil un movimiento artístico denominado Cinema Novo o Cine Nuevo, cuyo propósito fundamental fue manifestar las desigualdades y conflictos de la realidad social, así como la contribución a su transformación. Del Neorrealismo italiano Glauber Rocha señaló: “Fue la mejor cosa del cine después de la guerra. Para Brasil dio una lección inestimable, si bien comprendida y transpuesta”.

Sus principales protagonistas son: Nelson Pereira dos Santos (1928-2018), Glauber Rocha (1939-1981), Ruy Guerra (1931), Joaquim Pedro de Andrade (1932-1988), Paulo César Saraceni (1932-2012), Leon Hirszman (1937-1987), Gustavo Dahl (1938-2011), Walter Lima Jr (1938), Carlos Diegues (1940).

El compromiso con su situación social y política era irrenunciable. Como señala Glauber Rocha: “En Brasil, el Cinema Novo es una cuestión de verdad y no de iluminación. Para nosotros la cámara es un ojo sobre el mundo, el *travelling* es un instrumento de conocimiento, el montaje no es demagogia sino la puntuación de nuestro ambicioso discurso sobre la realidad humana y social de Brasil”.

El Cinema Novo logró fecundar otras corrientes artísticas y géneros musicales como la *Bossa Nova* donde aparecen nombres como los de Antonio Carlos Jobim, Vinicius de Moraes y João Gilberto y el Tropicalismo con: Caetano Veloso, Gilberto Gil, Gal Costa, Tom Zé, entre otros.

Eryk Rocha, hijo de Glauber Rocha, dirigió en 2016 un documental de 90 minutos titulado *Cinema Novo*.

“Dominación moderna y mallas socioculturales de alienación, desde un profundo cine social brasileño”

El legado de esta vertiente cinematográfica ha llegado hasta cineastas contemporáneos como Walter Salles Jr. (Río de Janeiro, 1956) con *Tierra extranjera* (1995) —premiada en Brasil como mejor película del año— y la celebrada *Estación central* (1998), ganadora de 55 premios internacionales, entre ellos el Globo de Oro a la mejor película en lengua extranjera. No menor ha sido la contribución, en este legado, de la obra de Fernando Meirelles (São Paulo, 1955) y Kátia Lund (São Paulo, 1966) *Ciudad de Dios* (2002) que revitalizó el cine brasileño; obtuvo

74 premios de cine internacional.

En este sentido, la obra *7 prisioneros* (Brasil, 2021) recupera esta tradición del cine social brasileño al revelar las contradicciones de la moderna sociedad contemporánea al contemplar la situación de los migrantes del campo a la ciudad.

En esta historia el joven Mateus (Christian Malheiros) de 18 años y otros compañeros: Ezequiel (Vitor Julian), Samuel (Bruno Rocha), Isaque (Lucas Oranmian), migran de la región rural brasileña de Catanduva hacia a la metrópoli de Sao Paulo, con un sinfín de sueños de progreso para su familia.

No obstante, al llegar a trabajar a un depósito de chatarra de Sao Paulo los recibe el tiránico Luiz Carlos de Almedia, alias don Luca (Rodrigo Santoro), quien no sólo confisca sus tarjetas de identidad y sus teléfonos celulares, sino que además los confina en unos deplorables dormitorios.



Sin un contrato legal de trabajo de por medio, los jóvenes son diariamente explotados, laborando horas extras no pagadas, con el pretexto de que se ha enviado dinero a su familia y con el añadido de cobrar su viaje, el hospedaje y los miserables alimentos, con lo cual quedarán permanentemente endeudados.

Ante esta situación Mateus y sus compañeros se rebelan tratando de escapar de su condición, pero son reprimidos violentamente por don Luca y su ayudante Nando (André Abujamra). Sin embargo, Mateus gradualmente se va enfrentando a la disyuntiva de ser cooptado por don Luca —mediante una serie de libertades, prebendas y privilegios— y a la discrepancia con sus compañeros quienes se sienten traicionados.

En ese sentido, Mateus se encuentra sometido a una tupida malla ideológica, como señala el filósofo francés Michel Onfray: “Este aparato de guerra ideológica funciona en, para y por la captación. Se apodera de las energías rebeldes para alterarlas, reducir las y luego destruirlas. Se trata de deconstruir las fuerzas, de descomponerlas, para aniquilar toda veleidad de rebelión” (Onfray, Michel, *Política del rebelde*, 2020).

Interesante reflexión sobre la dominación moderna y las mallas socioculturales de alienación, desde un profundo cine social brasileño.

7 prisioneros recibió el Premio Sorriso Diverso Venezia, a la mejor película en lengua extranjera en el Festival de Cine de Venecia, 2021.

7 prisioneros se estrenó el 11 de noviembre por Internet, en Netflix.

Alexandre Moratto (1988), es un escritor y director brasileño-estadunidense, autor de: *The other side* (2010), *Signal* (2011), *The arting* (2012), *Nowhere to be found* (2015), *The person you love* (2015), *One missed call* (2015), *Sócrates* (2018), *Our Brazil* (2018), entre otros filmes.

7 prisioneros (*7 prisioneiros*, *7 prisoners* / Brasil, 2021). Dirección: Alexandre Moratto. Con: Christian Malheiros, Rodrigo Santoro, Bruno Rocha, Vitor Julian, Lucas Oranmian, Cecília Homem de Mello, Dirce Thomaz; Guion: Thayná Mantesso, Alexandre Moratto; Fotografía: João Gabriel de Queiroz; Música: Filipe Puperi, Rita Zart, Tiago Abrahão; Edición: Germano de Oliveira. Duración: 93 minutos.

femamancillas@yahoo.com

*Profesor-Investigador de la Universidad de Sonora



El dulce Fruto

Por Lauro Acevedo*

El bucólico poeta Lauro Acevedo entrega un texto, "El dulce fruto", que juega con una cadencia de imágenes modernistas, característica de una lírica abundante y prodigiosa

En un instante
la mañana brilla
sobre la hoja verde del día
el mismo y otro
el sol alimenta
la serena faz de esa planta
con sus espadas calladas
y sus pequeños pozos de ilusión
Todo el rosal se enorgullece
del nuevo brote
botón que anuncia
el rojo universal
hay un pedazo de cielo
en cada espina
del breve nopal
es la punta de noche
que hiere
como recuerdo de la sombra
que va dejando su capa de silencio
sobre las hojas de la morera
Mi guarida es
la caja de mis pensamientos
todo lo que emerge en un nuevo día
es mi aliento
debemos resguardar nuestra guarida
y el árbol generador
que es nuestro cuerpo
para salir de nuevo

al jardín de la vida
cuando pase el invierno
al que podemos convertir
en un verdadero
infierno
tomemos conciencia
de la realidad
hagamos todo
hasta lo imposible
por evitar el fuego mortal
Si he de volar
que sea a través del viento
que mece con suavidad
las hojas de la vida
en este árbol tan nuestro
tan frágil
tan intenso
Mar incógnito
que busca acallar
con el vaivén de las olas
el temor a la furia
de la tormenta
porque sabe
que desgaja naves
que destruye las velas
de la esperanza
que azota la cubierta recién lavada
de la primavera
y deja sobre la faz del agua
un tapiz de hojas muertas
como un eterno otoño
que mece sus oros
como trofeo de la batalla



Desde la canastilla del día
grito diario
¡Vida a la vista!
y el regocijo interior
es la tripulación que observa
baila
canta
ríe
por el avistamiento
Cuidemos con fervor
a esta multitud feliz
que es nuestro cuerpo
protejamos la cuna
de nuestros sueños
y los sueños de todos los soñadores
del mundo
de nuestro mundo cercano
que es todo el mundo
amemos con fuerza
la verdad de nuestro ser
para perdurar
hasta el último momento
que nos tiene reservado
el trajinar de las hojas

sobre el sendero
polvo que renacerá
cuando se cumpla el ciclo natural
pero no adelantemos
la caída fatal
no dejemos que
nuestro egoísmo
nos aniquile
que nuestros semejantes
sean nuestra guarida
la nave
el mar
los pozos de la ilusión
que es agua
los brotes del rosal
disfrutemos de sus sonrisas
de su salud agraciada
para disfrutar juntos
los frutos dulces de la morera.

enardecidavoz@gmail.com

*Poeta, escritor y ensayista

RECORDANDO A MI MADRE, A TRAVÉS DE RULFO

Por Rubén Rivera*



Sin ver hacia atrás y sin saber de mí, proseguí mi camino buscando a mi madre. *En la reverberación del Sol, la llanura parece una laguna transparente, deshecha en vapores por donde se trasluce un horizonte gris.* El canto de los pájaros guía mi sombra por los encorvados caminos del atardecer. Pienso en mi madre y siento su retrato que guardo en la bolsa de mi camisa, calentándome el corazón. Camino sin prisa entre los rayos del Sol que caen desde los árboles. *Los niños juegan llenando con sus gritos la tarde y veo el vuelo de las palomas rompiendo el aire quieto, sacudiendo sus alas como si se desprendieran del día.* Vuelan y caen sobre los tejados, mientras los gritos de los niños revolotean y parecen teñirse de azul en el cielo del atardecer. Camino cabizbajo, mis pisadas caen sobre las piedras redondas haciendo remolinos. Me siento bajo un álamo para

escuchar el silencio de sus hojas. El grito de un halcón despierta al viento y en voz baja digo: madre, *sólo lo que quiero es alcanzarte en alguno de los caminos de la eternidad.* Los últimos rayos del sol le sacan luz a las piedras, irisan todo de colores, se beben el agua de la tierra, juegan con el aire dándole brillo a las hojas. Mis lágrimas caen como gotas de rocío iluminando todo. Cuando mi madre se fue, iba sonriente, *teñida de rojo por el sol, por el crepúsculo ensangrentado del cielo.* Camino entre la brisa, *escucho el aire tibio y el cielo se adueña de la noche.* Sus recuerdos no me dejan dormir. *Por el techo abierto del cielo miro pasar parvadas de pájaros.* Entre más me alejo mis pasos rebotan contra las piedras. Ahora recuerdo, cuando mi madre me decía que, *en cuanto comienza a llover, todo se llena de luces y del olor verde de los retoños.* Me contaba cómo llegaba la marea de las nubes, cómo se echaban sobre la tierra y la descomponían cambiándole los colores. Me siento alegre al recordar a mi madre, pero ya se ha ido. Atrás de mí, *escucho sus suspiros arrullando mi sueño.* Me



Foto: Graciela Iturbide

acuerdo cuando platicaba con ella, cuando *las mañanas se llenaban de viento, de gorriones y de luz azul.* La recuerdo y quisiera abrazarla, pero ya se ha ido. En este momento siento una gran tristeza, porque ya no puedo ver con ella *el juego del viento en los jazmines.*

rurigar62@hotmail.com

*Premio Bellas Artes de Poesía Aguscalientes 2021

EL PRECIO DE LA IGNORANCIA

Por Francisco Moreno*



Masha se casó en noviembre. Su abuela materna esperaba verla de blanco pero murió dos semanas antes de la boda, tenía 98 años. Era su única nieta, razón por la cual le heredó la vieja casa donde vivió desde que llegó a México en la colonia Anzures. De una arquitectura neocolonial con balcones de cantera labrada y hierro forjado, la casa de su *Bobe* siempre le resultó enigmática, sombría y quizá un poco enmohecida; vivió allí dos años cuando era una niña pequeña, después emigró a Chicago; en los vagos recuerdos de Masha aparecen abrigos rancios, roperos enormes, vajillas viejas, olor a gatos.

A pesar de la ausencia de la *Bobe* sintió una gran algarabía por la herencia, fue a ver la vieja casona con su esposo. El vetusto inmueble estuvo cerrado los últimos tres años, la abuela vivía en una residencia para ancianos, padecía Alzheimer. Después de recorrer apenas unas habitaciones, la alergia que le causo el polvo y la emoción de sus proyectos la impulsó a tomar una decisión precipitada, la vendería.

Les bastó unos días para revisar todas las habitaciones y lo que allí había; encontraron algunos muebles antiguos que tenían vestuarios exóticos, rancios, deslavados. Dos camas de latón, cientos de objetos con telarañas y espejos cubiertos con sábanas. En los muros colgaban cerca de veinte pinturas de tamaño medio; sillas y sofás franceses con cubiertas de mármol, algunas otras cosas sin saber qué eran y que ella llamó inservibles. Masha y Donovan soñaban con vivir en Nueva York. Él era corredor en la bolsa de valores y ella una alta ejecutiva bancaria, todo este escenario les resultaba un estorbo.

Masha encontró un velis de piel y madera con antiguas fotografías y cartas en ruso, lo guardó. El resto del menaje, al cual llamó "chácharas" y "cachivaches" las reunió en la planta baja e hizo una especie de bazar al estilo americano, quería rematar todo para vender la casa. Nunca reparó en cada uno de los objetos y obras que había heredado. Por su mente nunca pasó la idea de que pudieran tener algún valor, el universo que circundaba su cabeza estaba dominada por valores modernos: autos, dólares, departamentos y suites frente a Central Park.

Entre los objetos que exhibió había un secreter con incrustaciones de marquetería del siglo XIX, un samovar de plata, una hermosa vajilla Guriev, una mesita de chapa de nogal con cubierta de mármol putilovsky. En los roperos hallaron dos vestidos con incrustaciones de oro, varios guantes de seda y un par de exquisitas zapatillas; las obras de arte, pinturas originales de Iván Kramskói, Lev Bakst y Alexandr Benuá. Un anticuario que se hizo pasar por mirón circunstancial se llevó las pinturas y el secreter, les dio veinte mil pesos. Otros husmeadores de tesoro



ros se arrebataron el samovar y la vajilla. Una señora compró el vestuario, por todo ello logró reunir algo así como cincuenta mil pesos, una bagatela frente al precio real de esos objetos.

Lo más absurdo fue cuando Masha le mostró a Donovan una pequeña caja con inscripciones en ruso la cual tenía adentro una figura muy "cursi" según ella. A los dos les pareció un adorno viejo y kitsch. Como creyeron que era un objeto sin valor lo dejaron sobre una mesa arrumbado. Al final de la venta apareció un señor que revisó las últimas cosas por vender. Abrió la caja y miró detenidamente el objeto. Reconoció la hechura y calidad de la pieza, les ofreció dos mil pesos que felizmente ellos aceptaron.

"Entre esta correspondencia había tres cartas que Tolstoi le escribiera de puño y letra a la mamá de su Bobe"

El señor sabía lo que tenía entre sus manos. De los 69 huevos diseñados por Peter Carl Fabergé en la época de los zares, hasta el momento se han encontrado 61, éste venía a ser el "huevo neceser" fabricado en 1889 y desaparecido hasta el momento. Pieza excepcional que fue un regalo que hizo el zar Alejandro III a su esposa María Fiódorova. Su valor en el mercado es de varios millones de dólares.

Del maletín que Masha guardó, seleccionó varias fotografías y las cartas se las regaló a una amiga que estudiaba ruso. Entre esta correspondencia había tres que Tolstoi le escribiera de puño y letra a la mamá de su *Bobe*. Un verdadero hallazgo, un tesoro sin duda.

Con el dinero de la venta de la casa, la feliz pareja dio el enganche para un pequeño departamento en los alrededores de Manhattan. Ambos trabajaron mucho y con grandes esfuerzos lograron liquidar la deuda en los siguientes diez años. Finalmente habían alcanzado su meta: vivir en Nueva York y mantener su nuevo estatus de vida.

franciscomorenovaluator@gmail.com

*Crítico de arte y escritor



Por Miguel Lozano*

Desde 1990 se realizan cada dos años en Baja California los Premios Estatales de Literatura, organizados por la Secretaría de Cultura. Se galardona así a los mejores trabajos de escritores nacidos o residentes en el estado en diversas categorías. Originalmente se premiaba a los ganadores con un monto de 25 millones de pesos [antes de la resta de los tres ceros a la moneda mexicana], y la publicación de la obra en cuestión.

El objetivo era incentivar la creación literaria de Baja California, dar difusión a los escritores locales y descubrir nuevos talentos. Aunque este objetivo es muy bueno, con los años esta ceremonia se ha transformado en una actividad anacrónica e irrelevante, que parece más un compromiso que una convicción y que está muy lejos de sus objetivos originales.

El premio tenía mucho sentido cuando surgió hace 32 años. Entonces la publicación en papel era la única opción, aún no sufríamos la devaluación de 1994 y la literatura en el estado tenía pocas posibilidades de publicación.

“El esquema de publicación y distribución de los premios es idéntico al de hace 32 años. Se diseñó para un mundo sin Internet, redes sociales, publicación digital o dispositivos móviles”

Pero en 2022 la situación es muy distinta. Desde 1990 hasta la fecha la inflación acumulada es de 1 408.58 % según el Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática (INEGI). Así que el premio, que en algún momento sonaba muy generoso, representa hoy una mínima fracción del valor original y no se ha incrementado en absoluto.

Recordemos que en 1992 se introdujo en el país los «nuevos pesos», una medida que implicó la reducción de tres ceros en la moneda. Por esa razón, aquellos 25 millones de pesos quedaron transformados en 25 mil. Para hacer una comparación, en 1990 el tipo de cambio estaba aproximadamente en 3 000 pesos por dólar —o tres pesos de hoy—, y actualmente se tasa en alrededor de los 21 pesos. Por lo tanto, si en 1990 el premio representaba 8 000 dólares, hoy sólo se recibe alrededor

de 1200 de la moneda norteamericana. Esto sin contar que el dólar también ha perdido 50 % de su valor desde entonces.

Por otra parte, el esquema de publicación y distribución de los premios es idéntico al de hace 32 años. Se diseñó para un mundo sin Internet, redes sociales, publicación digital o dispositivos móviles. La circulación de los ejemplares del libro se limita a bibliotecas y ferias del libro. En ocasiones los interesados deben adquirirlos directamente en las oficinas de la secretaria. La difusión mediática es mínima y si alguien se entera de la existencia de estos libros es debido a una increíble pasión por la literatura bajacaliforniana, o de milagro.

Otra iniciativa de la Secretaría de Cultura, es la Colección Literaria La Rumorosa, que es mucho más reciente y posee una distribución digital a la par de la distribución impresa —aunque también limitada—. No obstante, debido a que la convocatoria de los premios sigue prácticamente intacta desde hace más de treinta años, los libros premiados en el concurso son inaccesibles en formato digital de manera legítima. En redes sociales tampoco hay nada sobre los premios, los libros no se encuentran en tiendas digitales, y por suerte que al consultar los pasados ganadores se pueden dar con ellos, ya que esa información está tan escondida que si hubieran querido hacerla confidencial no sería tan secreta.

Las comparaciones son odiosas, pero también muy ilustrativas. Si volteamos a ver a nuestros vecinos y comparamos al Premio Estatal de Literatura de Baja California con otros premios del país, la situación no se ve mucho mejor. Existen premios que van desde los 75 000 hasta los 500 000 pesos, como el Premio Xavier Villaurrutia o el Premio Bellas Artes de Poesía Aguascalientes —uno y otro del Instituto Nacional de Bellas Artes, INBA—.

Por otra parte, si comparamos lo que sucede en otras disciplinas, pongamos de ejemplo las artes plásticas, de nueva cuenta se nos presenta un panorama desfavorable. La Bienal Plástica de Baja California ofrece 100 000 a sus ganadores, y la Trienal de Tijuana ofreció un millón de pesos apenas el año pasado.

Esto sin contar que en ediciones pasadas de los premios se han producido retrasos tanto en la publicación de los libros como en el anuncio de los ganadores, causados por diversos motivos pero que no abonan a la situación. La calidad de los libros impresos también se ha deteriorado, de forma que ahora las portadas y el tipo de papel se sienten más económicos.

Es lamentable ver cómo una iniciativa, que podría incentivar la creatividad, motivar a nuevos talentos, y lograr que los públicos ganen literatura que los haga sentir orgullosos de la producción estatal, se ha transformado en una pieza de museo, un vestigio de otra época más inocente, y que hoy se cae a pedazos. Es una engorrosa rutina que sirve para incrementar los indicadores de la Secretaría de Cultura, pero que impacta poco en el mundo literario. Espero de todo corazón que esta situación cambie pronto.

badbit@disroot.org

*Escritor y docente de la Facultad de Artes de la UABC. Es autor de los libros *Sombreros blancos* y *Fuera de la caja*

EL ABANDONO DE LOS PREMIOS ESTATALES DE LITERATURA



BAJA CALIFORNIA
GOBIERNO DEL ESTADO



SC
GOBIERNO DE BAJA CALIFORNIA

El Gobierno del Estado, a través de la Secretaría de Cultura de Baja California, convoca a los escritores nacidos en la entidad o que acrediten una residencia mínima de 5 años en el Estado para que presenten trabajos en lengua española y participen en los

PREMIOS ESTATALES
DE *Literatura*
BAJA CALIFORNIA 2020





Despanzurrar al Centauro

Manual de pepena y caza para ensayistas rejegos

Por Daniel Salinas Basave*

En ningún género soy tan brutalmente honesto como en el ensayo. Cuando escribo ficción soy (como todos) un poco o bastante chapucero, pues al final de cuentas se trata de contar mentiras creíbles e inventar amigos imaginarios y aunque me divierta mucho haciéndolo, no deja de ser una treta. En cambio, en mi fase de ensayista soy yo pensando en voz alta, hablando solo mientras camino a la deriva por las calles de la ciudad o bajo el fresco chorro de la regadera. Cuando escribo ensayo estoy charlando frente a ti en un café o en una cantina. Estoy iniciando una conversación contigo, planteándote mis dudas y mis pensamientos contradictorios. Aunque la escritura pueda parecer una actividad solitaria, cuando escribo ensayo siempre siento que le estoy hablando a alguien sobre un tema que me obsesiona.

Escribo ensayos a partir de la duda y la curiosidad. Si todo en mí fueran certezas, lo más probable es que no sintiera impulso alguno para empezar a escribir. Escribo sobre temas que llevan un buen rato bailándose en la cabeza, que son tercos y machacones como una mosca panteonera en verano e irrumpen del mar de la duermevela cuando despierto en la madrugada. Escribir es interrogarme e interrogarte. Podría decirte que busco respuestas pero a menudo encuentro más preguntas.

Creo que de una u otra forma siempre estoy escribiendo y leyendo ensayos, pero aunque me considero un ensayista hormonal, la realidad es que carezco de un método estandarizado de trabajo. Vaya, sigo más reglas y parámetros cuando empiezo a escribir un cuento y a menudo naufrago en varias tentativas de arranque antes de poder echar a andar el motor. En cambio, con el ensayo la escritura fluye tan natural como el pensamiento y me doy cuenta que a menudo empiezo a navegar a la deriva sin tener muy clara la ruta.

Lo extraño y lo contradictorio es que para mucha gente el ensayo es el género formal por excelencia. La sombra proyectada por la academia es densa y castrante, pues a menudo me encuentro con colegas estereotipan al ensayo como un acartonado mamotreto encorsetado en el calabozo del marco teórico, la metodología, el abstract, las conclusiones y un inabarcable océano de citas textuales y referencias bibliográficas a pie de página que a menudo acaban por desbordar y sepultar las ideas propias, si es que las hay o alguna vez las hubo.

No pretendo denostar a los académicos y su mundo. Asumo que ellos tienen una labor que cumplir en esta vida y sin duda es respetable. Sucede simplemente que jugamos en divisiones diferentes y por nada del mundo me gustaría jugar en la suya. Yo estoy aferrado a la literatura porque soy un hedonista vil que solo concibe la lectura asociada al principio del placer, un furtivo pepenador de palabrería, un escapista vocacional.

El ensayo literario es libertad. Mi paisano Alfonso Reyes lo definió como el Centauro de los géneros. También podríamos concebirlo como el gran ajolote prosístico en donde caben todos los géneros. El ensayo parte de una o varias ideas, pero al ir las desmenuzando puedes echar mano de la novela, el cuento o la poesía. El ensayo no es periodismo pero se lleva de maravilla con la crónica. El ensayo es ideal para cruzar furtivamente la frontera narrativa.

¿Quieres escribir ensayo? Aquí te comparto algunos personalísimos consejos e ideas.

Advertencia: Aquí estamos hablando de ensayo literario, es decir de creación e imaginación. Olvídense del abstract, los objetivos, el marco teórico-metodológico o las conclusiones. Aquí lo que se valora sobre todo y ante todo es la inventiva, pero también la riqueza de la prosa, su claridad y fluidez, la originalidad de la exposición y la capacidad de establecer un diálogo franco con un hipotético lector.

Empecemos:

Ante todo sé creativo y suéltale las riendas a tu imaginación. En el ensayo literario la creatividad lleva mano sobre la erudición.

Me gusta concebir el ensayo como una conversación y no como una conferencia. Cuando escribo ensayo tengo el ánimo de una charla de café o cantina. El ensayo es el fluir el pensamiento en voz alta.

Olvidate de los límites. Cualquier tema es susceptible de ser desarrollado en un ensayo. Puedes bucear en profundidades ontológicas, desmenuzar la quintaesencia de la poesía mística o simplemente disertar sobre el rol de los corta uñas y los cepillos de dientes en la vida moderna.

¿Cuál es el mejor tema? Uno que te emocione pero sobre todo que te inquiete, que te haga dudar y reflexionar mientras caminas, te bañas o intentas conciliar el sueño. Es deseable (obvia decir) dominar dicho tema pero importa más que tengas algo diferente e imaginativo que expresar.

Hazte preguntas y hazle preguntas a tu lector. Atiborra tu ensayo de signos de interrogación. Nada errado andaba Sócrates con su mayéutica. Los mejores ensayos son los que siembran dudas, no los que imponen certezas. Pregúntate, respóndete, vuélvete a preguntar y deja que sea el lector quien saque sus conclusiones.

Escribe preferentemente desde el yo. La neutralidad y la distancia son deseables en la nota periodística o el reportaje, pero si hablamos de ensayo se trata de darle voz a tu pensamiento y de razonar tus ideas.

Lee tu ensayo en voz alta e intenta sentir su ritmo y cadencia. De acuerdo, un ensayo no es un poema, pero siempre será mucho más rico leer a un ensayista capaz de expresarse en una prosa rítmica plena en imágenes, juegos de palabras o metáforas que a un hacedor de ladrillos.

Narra historias. Echa mano de tu anecdotario personal, de tus recuerdos o tus lecturas. Recurre a per-



Foto: Cortesía

sonajes de cuento o de novela, a estrofas de poemas o a escenas de películas o a cualquier elemento de la cultura popular que te ayude a expresar mejor una idea.

Aunque existen riquísimos ensayos miscelánea en donde se habla de todo un poco y se da rienda suelta a la dispersión, lo ideal es no salirse por la tangente y cambiar de tema abruptamente. Desarrolla tu tema a profundidad sin dejar de tender puentes y bifurcar senderos.

En el ensayo la sabiduría se aplaude pero aquí no se trata de derrochar conocimientos. No te aferres a demostrar lo mucho que sabes sobre un tema amontonando datos y estadísticas. No es cuestión de emular a Wikipedia sino de expresar puntos de vista, lanzar interrogantes, formular hipótesis.

Ante todo lee. Sé un lector omnívoro y lee a cuantos ensayistas puedas pepenar. Lee a Montaigne, que es el papá de los pollitos y después lee a Thomas de Quincey, a Rousseau, a Nietzsche y Zweig. Lee la obra ensayística de Borges (sin duda lo más parecido a eso que llaman deidad). Lee a Susan Sontag y a Margo Glantz. Lee a Alfonso Reyes y lee a Vasconcelos. Lee a Sergio González Rodríguez, a Juan Villoro, a Laura Sofía Rivero, a Neige Sinno y a Heriberto Yépez. Lee a Gabriel Zaid y por favor lee a Octavio Paz aunque te hayan dicho que es un mamón y lee a Cristina Rivera Garza (aunque a veces me harte su estilo). Lee Cumpleaños de César Aira y *El último lector* de Piglia. Lee a Sergio Pitol y a Alberto Manguel y si quieres estar a la moda lee a Irene Vallejo y a Yuval Noah Harari (de moda o no, ambos son buenísimos). Ellos y muchos más. Léelos a todos, cuestionálos, duda de ellos, ponlos de cabeza y vuélvelos a leer.

Mejor no me hagas caso. Deja las reglas y los inviolables mandamientos para la academia. Tú imagina, crea y sobre todo duda y hazme dudar. Ten siempre afilado y al acecho el signo de interrogación.

danibasabe@hotmail.com

*Ensayista y periodista. Reside en Tijuana desde 1999. Autor de *Juglares del Bardo*, *El lobo en su hora*, *Bajo la luz de una estrella muerta*

“Cuando escribo ensayo estoy charlando frente a ti en un café o en una cantina. Estoy iniciando una conversación contigo, planteándote mis dudas y mis pensamientos contradictorios”